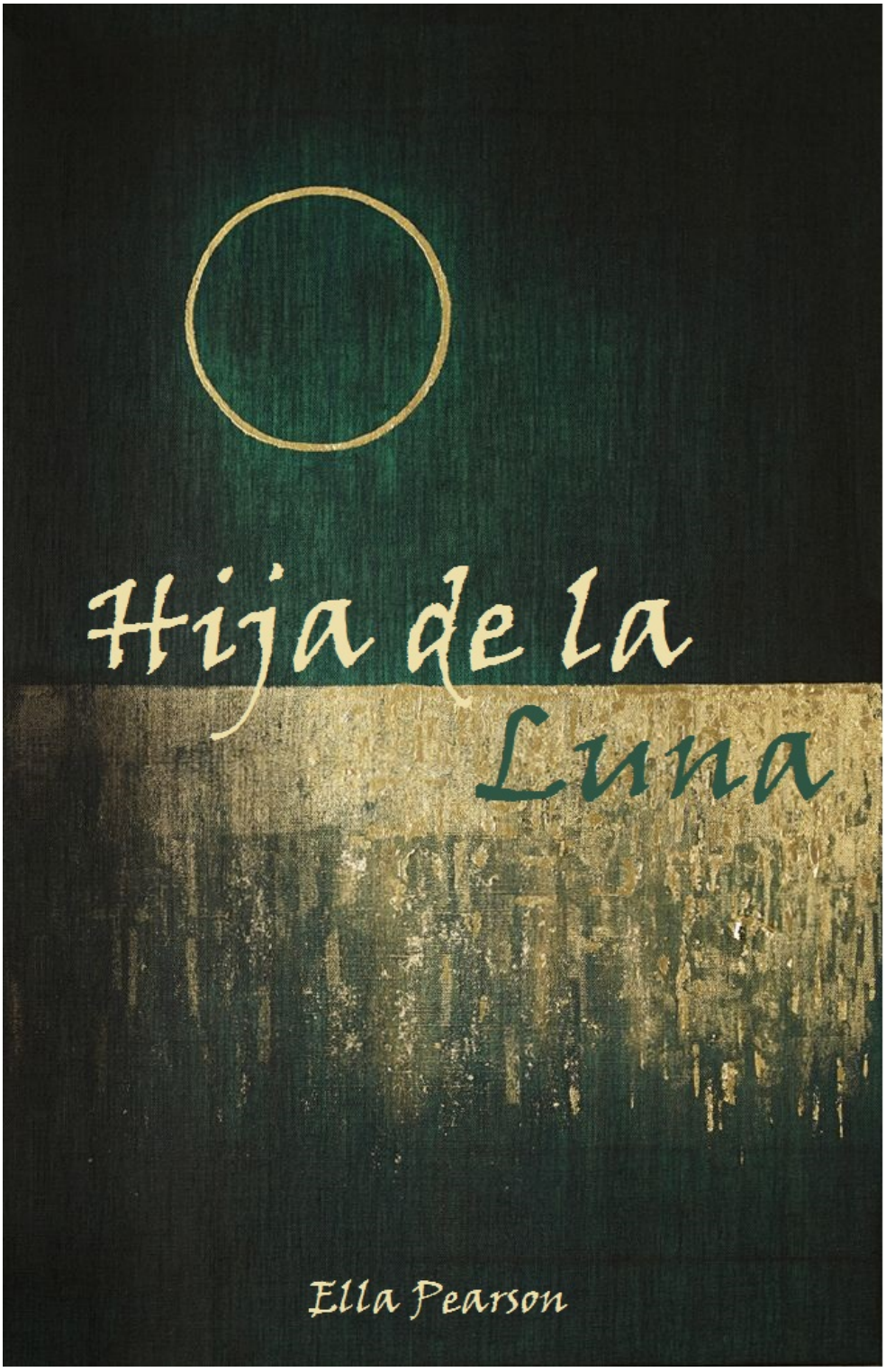
Hija de la Luna

Ella Pearson



Capítulo 1

CAPÍTULO 1

LA JOYA DE BONACH

Sentir como el puño golpeaba mi rostro no era una sensación agradable. Lo primero que notaba era mi mandíbula crujir, después mis dientes cortaban la piel del interior de mi mejilla y por último sentía el golpe en sí. Caí al suelo por la fuerza del impacto y antes de volver a ponerme en pie escupí la sangre que llenaba mi boca. Después devolví el golpe.

Sí recibir un puñetazo no era nada placentero, darlo hacía que cada parte de mi saltara de gozo.

Mi contrincante no me vio venir y en menos de quince segundos era él quien sangraba. Mi respiración era acelerada mientras veía a mi hermano rendirse en el suelo. Tras más de una hora de entrenamiento, yo había vuelto a vencer.

Unos lentos aplausos llamaron nuestra atención desde un lado del patio. Desde una de las puertas que daba al interior nuestro padre caminaba hacia nosotros alabándome por el trabajo bien hecho.

No había en él ni una gota de belleza. Su rostro era demasiado fino y sus rasgos afilados. Su cuerpo alto era demasiado delgado y en ocasiones parecía un enfermo más que el guerrero que era. Pero toda esa falta de bien parecer lo compensaba con una radiante elegancia, vistiendo ropas elegantes y peinando su dorada melena en una corta coleta en su nuca.

Me acerqué a mi hermano para ayudarle a levantarse mientras nuestro padre se acercaba. Era casi cinco años mayor que yo e idéntico físicamente al hombre que lo engendró. Delgado, alto. Pero a diferencia de él, el primogénito era muy débil. Tan débil como para que su hermana pequeña llevara venciéndole cuerpo a cuerpo desde que cumplí los doce años.

-De nuevo, hija, haces que me enorgullezca de ti.- hice una reverencia hacía mi padre cuando nos alcanzó, tal y como el protocolo indicaba que

debía hacerse al hallarse en presencia del rey- En cuanto a ti, mi heredero, no debes preocuparte, tu hermana siempre estará a tu lado para protegerte. Excepto ahora, que llega tarde.

Había sabido desde que lo vi que mi padre no había aparecido en el patio para vernos entrenar, sino para asegurarse que me presentaba ante la casamentera. Toda joven de nuestro reino se reunía con ella al alcanzar la mayoría de edad y esta se encargaba de buscarle un esposo. Había esperado mucho tiempo a este día, no porque ansiara el matrimonio, más bien porque había pasado años asegurándome de que Lady Leche, la casamentera de la ciudadela, me odiara hasta tal punto que boicoteara los intentos de buscarme un marido.

Tras hacer otra reverencia abandoné el exterior y puse rumbo a mi habitación donde sabía que mis tres doncellas y mi madre me esperaban para cambiar mis sucias ropas de diario por un hermoso vestido con el cual intentaría convencer a Lady Leche de que era tan bella por dentro como lo era por fuera. Para desgracia de mis padres, Lady Leche me conocía desde que había llegado a este mundo y sabía que dentro de mí no había la misma belleza que habitaba en el interior de las demás jóvenes que vivían en la ciudadela. Ellas se habían criado cosiendo y bailando, yo me había criado a golpe de espada. Literalmente.

-Llegas tarde- me dijo mi madre cuando abrí la puerta. -La casamentera no es una mujer paciente.

Eso sería todo. No habría palabras de ánimo en el día que podría cambiar mi vida. Igual que no las había habido nunca. Mientras que mi padre adoraba gritar lo orgulloso que estaba al mundo, mi madre no había demostrado ni una gota de amor o cariño hacia mí. Supongo que mis hermanos tenían motivos para ser queridos. El mayor heredaría el trono y el pequeño tenía un aura encantadora. Los dioses no le habían dado ningún motivo para quererme a mí. Su única hija.

Dejé que las jóvenes ayudantes de cámara me quitaran las botas, los pantalones y la blusa y no protesté cuando me metieron en la helada agua de la bañera. Mi madre hizo un par de comentarios sobre como la temperatura del agua era solo culpa de mi tardanza y yo me limité a escuchar mientras Zelian y Zumo, dos de las muchachas que me ayudarían, intentaban sacar cualquier rastro de suciedad de mi cuerpo. Noté como frotaban con más cuidado en las zonas magulladas por el combate y como utilizaban sus manos, en lugar de una esponja, sobre las grandes cicatrices que ocupaban parte de mi espalda, pecho y abdomen.

Mientras la tercera mujer, Nicoi, se encargaba de lavarme el pelo, estudié a mi madre. Si mi padre resultaba desagradable a la vista, mi madre era seguramente la mujer más bella de nuestro reino. Su larga melena negra caía en una cascada de rizos por su espalda y sus ojos azules brillaban

mientras se paseaban por un libro. Ella era yo, o más bien yo era ella. No había ni rastro de la genética de mi padre en mí, ni tampoco de su personalidad. El color de mi cabello era el del suyo, al igual que mi nariz fina y la forma de los labios.

Una vez estuve limpia, me secaron el cuerpo y el pelo y me untaron con todo tipo de aceites perfumados. Dejaron que mi cuerpo los absorbiese antes de traer el vestido que llevaría esa tarde.

En cuanto lo vi supe que había sido elegido por mi madre.

De un color azul pálido, el vestido consistía básicamente en una falda con lo que parecían mil capas finas y una parte de arriba que apenas llegaría a tapar mi pechos. Recé a Delpe, Dios de la Piedad, para que me permitiera al menos llevar una capa ya que, aunque estábamos casi en verano, hacía demasiado frio fuera para la prenda.

-Hará que parezcas más mujer- comentó mi madre una vez tuve puesto el vestido, haciéndome caso por primera vez- El corte en la cintura disimulará tu falta de curvas y el escote hará que la atención vaya de tus cicatrices a tus senos.

Me estudió durante unos segundos, colocó algunas partes y después permitió que Nicoi empezara con mi pelo. Me informó de que me haría un sencillo recogido en la nuca, pues la corona que luciría en mi cabeza era lo que debía llevarse más atención.

Me había olvidado de la corona.

Mi padre me la había regalado al nacer y solo la había lucido en dos ocasiones. La primera fue en el funeral de mis abuelos, los reyes eméritos y la segunda tres años atrás, en la boda de mi hermano. Las demás ocasiones en las que se precisaba que yo llevara la gran corona eran las ocasiones en las que yo me negaba a participar en los festejos.

Una vez estuvo sobre mi cabeza mi corazón comenzó a latir rápidamente, tal y como ocurría cada vez que me la ponía. La mujer que se reflejaba en el espejo, orgullosa y elegante no tenía nada que ver con la mujer que yo era por dentro.

La reina observó mi cabeza con una mueca de disgusto que ni intentó disimular. Desde muy niña había pensado que el único sentimiento que mi madre albergaba hacia mí era envidia. Envidia por el cariño que mi padre me profesaba. Desde hacía por lo menos diez años sabía que eso no era cierto, que además de envidia mi madre sentía un profundo odio.

Al menos mis tres doncellas me observaban con una sonrisa en el rostro.

Ellas habían estado conmigo desde que tenía memoria.

-Estas muy hermosa, niña- me dijo Nicoi mientras se llevaba las manos al rostro. Ella había sido la encargada de criarme cuando mi madre me rechazó al nacer y me había cuidado desde entonces- Que orgullosa estoy.

-No exageres, vieja loca- le espetó mi madre cogiéndome de un brazo- Y ahora vamos, no queremos que llegues tarde.

La seguí por el pasillo mientras Zelian corría detrás de mí con mi capa de pelo blanco para echármela a los hombros. Escuchaba voces procedentes de otras partes del castillo mientras las demás jóvenes de mi edad salían a encontrarse con su destino.

En total éramos ocho las que hoy seríamos entregadas a un hombre, seis de las cuales nos habíamos criado juntas. Pero no éramos amigas.

La casa de Lady Leche se encontraba en el muro norte de la ciudadela, el muro que daba a las montañas. Era sencilla y lujosa, una casa digna de una solterona que dedicaba su vida a buscar para otros eso que nunca había encontrado para sí misma.

Caminamos, las ocho jóvenes, en fila hasta su hogar mientras éramos escoltadas por nuestros predecesores. Mi padre todavía no había aparecido cuando nos detuvimos ante la casa, pero tenía muy claro que no tardaría en llegar.

La puerta se abrió y la gordísima Lady Leche apareció, con un horrible vestido naranja y un zorro muerto a su cuello. Hizo una reverencia hacía la pequeña multitud que se había congregado y las jóvenes casaderas nos echamos al suelo con la cabeza gacha, tal como debíamos hacer y debíamos quedarnos así hasta que escucháramos nuestros nombres.

-Lady Bane Bordon.

Fue el primer nombre que se escuchó y me comenzó a latir más rápido el corazón al entender que había decidido llamarnos por orden alfabético. No podía hacerlo. No estaba preparada. Ni para casarme, ni para deshonrar a mi familia. Ambas opciones resultaban repulsivas en mi mente.

¿Quién sería un digno pretendiente para una princesa? Pensando como la casamentera, seguramente sería Raign Chonne, el hijo de la mano derecha de mi padre, o Venzo Bordon, hermano de Bane e hijo de uno de los generales. Ninguno de ellos especialmente atractivo o brillante a la hora de mantener una conversación.

Bane estuvo dentro veinte minutos enteros y cuando salió lo hizo con una sonrisa en el rostro.

-Los dioses han hablado a través de mi- anuncio Lady leche con su dramatismo natural- y han bendecido la unión entre Lady Bane y Lord Raign Chonne, futuro duque de Hérnas.

Los aplausos resonaron a mi espalda y yo pegué mí frente al frio suelo de piedra. Iban a comprometerme con Venzo, el idiota de Venzo que no era ni capaz de caminar tres pasos sin tropezarse.

-Su Alteza real, la princesa Dion Bonachera, infanta de Bonach, duquesa de Are y Joya de Bonach.

Levanté mi cabeza hacia donde la mujer me miraba, con el ceño fruncido y una ceja levantada. Tardé más de lo que pretendía en ponerme en pie y cuando lo hice mis piernas parecieron no poder andar. Pero lo hicieron y poco a poco, ante la atenta mirada de la multitud me acerqué a la puerta.

Solo cuando hube cruzado el umbral me giré, buscando un rostro en la multitud. Y allí estaba, ante la curiosa mirada de todos, el rey, mi padre, dedicándome una sonrisa de ánimo.

Pero antes de que pudiera sonreírle de vuelta la puerta se cerró tras de mí y me encontré en el salón de la casamentera.

-Es un placer veros de nuevo, su alteza.

Hice una reverencia, tal y como mandaba el protocolo.

-El placer, como siempre, es todo mío.

Su sonrisa falsa apareció en su rostro y yo la imité, luciendo mi mayor sonrisa de superioridad. Me invitó a sentarme y me sirvió un poco de té, una de las cosas que yo más despreciaba en este mundo pero que acepté educadamente y consumí con unos modelas impecables.

-Antes de empezar- dijo ella sentándose frente a mí.- Me gustaría que oráramos a los dioses para que nos alumbren a ambas en este rato que pasaremos juntas, para que nos hagan hablar del corazón y nos influyan para que tomemos las decisiones correctas.

Y así lo hice. Aunque no era especialmente devota a los cientos de dioses a los que mi gente rezaba, en alguna ocasión rezaba para pedir fuerzas. En ese momento me concentré en el Dios del Amor, Ado, y le pedí que le diera a la casamentera fuerza para ser sincera y para que me diera a mí la misma fuerza, pero para aceptar su voluntad sin sentimientos negativos

en mi corazón.

-¿Seríais tan amable de recitarme las tres leyes básicas del matrimonio?

-¿Según que santo?- le pregunté, descubriendo rápidamente su intención de lanzarme una pregunta trampa- En el caso que os refiráis a las de San Khuen, las tres leyes son: un hombre con un hogar acogedor es un hombre feliz, un hombre con el estómago lleno es un hombre feliz y un hombre con numerosa descendencia es un hombre feliz.

-Bien, ¿Qué opináis al respecto? ¿Habéis leído el libro del santo?

-Lo he hecho- hacía mucho tiempo, al comenzar mis estudios para convertirme en esposa- Y si queréis mi opinión sincera, Lady Leche, os diré que pasamos demasiado tiempo intentando hacer felices a los hombres y demasiado poco preocupándonos por las mujeres.

Ella se rio, no hubiera podido decir si encontraba mi comentario realmente divertido o disfrutaba viendo fracasar.

-Ahí estás. Me preguntaba cuando dejarías salir a tu verdadero yo a la superficie. Sabía que este rato contigo iba a ser… interesante. Te pareces tanto a tu padre- dejé ir ese comentario pues sabía que ella no conocía a mi padre en absoluto y me concentré en acabarme el asqueroso líquido que todavía quedaba en mi taza- Efectivamente, querida, la clave de un matrimonio exitoso es un hombre feliz. Si tu marido es un hombre infeliz estas fracasando como esposa y si no eres capaz de hacer un hombre feliz, no deberías casarte.

La observé mientras se levantaba y cogía la tetera de la chimenea. Me sirvió más té y luego volvió a sentarse frente a mí.

-¿Por qué estás aquí, Dion? Ambas sabemos que no estas hecha para esto.

-Soy una dama de la corte- dije mirando mis manos, pero luego me corregí- No, soy más que eso. Soy una princesa, la princesa, de Bonach y mi deber es honrar a mis ancestros uniéndome en matrimonio con un hombre de buena familia y dedicar mi vida a mi rey.

-Exacto. ¿Sabes lo que me ha respondido Bane cuando le he preguntado porque estaba aquí? Ha hablado de sus sueños, de ser querida, de traer niños a este mundo, de demostrar que todos estos años de preparación han servido para algo.

-Lady Bane es una gran mujer- lo decía en serio, nos conocíamos desde siempre y siempre era agradable estar cerca de ella- Lord Raign es un

hombre afortunado.

-Lo es. ¿Crees que eso es lo que diría la gente de un hombre comprometido contigo? No. Afortunado es lo último que lo llamaría.- se levantó y me cogió del brazo para ponerme de pie. Me estudió durante unos segundos y luego dio su veredicto -Por mucho que te arreglen y por muy bien que huelas, aunque parezcas una dama sumisa, tú jamás serás una novia. Nunca le darás esa clase de honor a tu familia. Nunca.

La tensión en mi pecho se disipó pero, a pesar de eso, esa no era la resolución que buscaba. No podía aceptarla.

-He venido a que me encontréis un esposo y no me iré hasta que lo hagáis.

-¿Vas a fingir que te importa? Te estoy dando algo mucho más valioso que matrimonio, amor o honor- su rostro pasó de la sorna a la desesperación en menos de un segundo- Te estoy dando libertad. Y con los años miraras a las jóvenes que hoy se irán de aquí con un marido y sentirás lastima por ellas.

-Ellos no lo consentirán.

-Ni si quiera tu padre discutiría la voluntad de los dioses y ellos hablan a través de mí.

-Y una mierda- perdí toda la compostura que había fingido tener y volví a ser la de siempre- Tú, engreída y gorda mentirosa, hablas por los dioses tanto como yo. Saldrás ahí fuera y anunciaras que me has encontrado un esposo o yo misma cortaré tu cuello mientras duermes.

Su rostro palideció un poco, muy poco, pues esa faceta mía era algo que ella ya había visto antes. Cuando ella puso rumbo a la puerta principal, yo sabía que mis palabras no la habían amedrentado y que su decisión no había cambiado.

La gente fuera murmuró cuando vio salir a la casamentera tras poco más de diez minutos dentro. Pero el rostro de mis padres estaba impasible mientras esperaban a escuchar cual era la voluntad de los dioses.

-Los dioses han hablado a través de mí- a pesar de que ya no estaba sola conmigo y no corría riesgo alguno, la voz de Lady Lecha sonaba entrecortada y las palabras tardaban en salir de su boca.- y han bendecido a Su Alteza, la princesa Dion Bonachera, Infanta de Bonach, duquesa de Are y Joya de Bonach con el mismo regalo con el que me bendijeron a mí.

Los murmullos se convirtieron en voces altas mientras todos me miraban con los ojos y las bocas muy abiertas.

"Su Alteza no se unirá en matrimonio y no conocerá varón. Dedicará su vida, al igual que lo he hecho yo, a servir a los dioses y a su rey. Los dioses piden respeto hacia ella y anuncian que esta dedicación será su forma de honrarnos a todos"

Perra, pensé mientras veía el disgusto en la cara de mi padre, mentirosa y asquerosa perra.

Una vez la gente se calmó, Lady Leche me hizo un gesto indicándome que debía marcharme pues debía llamar a otra joven. Yo me acerqué a ella, tan cerca que nuestras narices casi se chocaron y le susurré en la voz más oscura que pude:

-Tú has firmado tu propia sentencia.

Y cuando me fui no dejé que nadie viera la sonrisa de satisfacción en mi rostro, la prueba de que todo lo que había pasado había salido tal y como yo había planeado.

Nadie encontró sospechoso que, tras haber encontrado marido para siete de las ocho jóvenes, Lady Leche apareciera muerta en su casa a la mañana siguiente. Desangrada, según dijeron. Un corte limpio en el cuello. No había signos de violencia. Había ocurrido mientras dormía.

Y si alguien lo encontró sospechoso, nadie tuvo valor como para apuntar el dedo a la princesa. Salvo el rey, y fui llamada a su despacho privado una vez la noticia llegó a sus oídos.

Al cruzar las puertas de madera me di cuenta de que Lord Chonne estaba allí, hablando con mi padre en voz tan baja que no pude escuchar lo que decían. Ambos se callaron cuando me vieron entrar.

-Supongo que era demasiado esperar que convirtieses el llevar vestido en algo diario.

Yo miré mis pantalones y mis botas y me encogí de hombros, mostrándoles mi mejor sonrisa, la sonrisa de una mujer que se declaraba inocente.

-También era mucho esperar- continuó la mano derecha- que dejaras vivir a la casamentera tras humillarte públicamente.

-¿Humillarme? ¿Acaso creéis, padre… - dije dirigiéndome al monarca-… que yo sería capaz de hacer algo así?

-Déjate de mierdas, Dion- el usual humor de mi padre había desaparecido, dejando a un viejo cansado en su lugar- Sabía que esto volvería a pasar en el momento que te encontré empapada en la sangre de tu primer profesor.

-Se lo merecía.

Y aunque había dicho mil veces que el viejo que me enseñaba historia había intentado tocarme de forma indebida, nadie había creído a una niña de nueve años, con los ojos llenos de odio y el cuerpo de su profesor yaciendo a su lado, con trece puñaladas en su cuerpo. Trece.

-No es ningún secreto que Su Alteza tiene cierta facilidad para acabar con la vida de las personas- comentó Lord Chonne- Debéis saber que si estáis aquí es porque le he sugerido al rey que utilice eso a su favor.

-¿Cómo?

-Encontraré la forma de que honréis a vuestra familia.

No quise preguntar a qué se refería exactamente. Conocía a Lord Chonne desde siempre y le encontraba un hombre realmente intimidante. Aunque su aspecto no lo fuera.

Era padre de siete hijos, todos varones de los cuales Raign era el mayor. Y todos y cada uno de ellos presentaban golpes en el rostro y en el cuerpo de manera habitual.

La mano derecha de mi padre era un monstruo y el rey le permitía serlo. Las malas lenguas hablaban incluso de que la muerte de su esposa había sido culpa suya, pero nadie se había atrevido nunca a cuestionarlo igual que nunca nadie me preguntaría si había acabado con la vida de la casamentera. Ambos contábamos con el favor del rey.

Pero mientras que él obtenía inmunidad y opinión a la hora de tomar decisiones, lo único que obtenía yo era inmunidad.

Salí de esa habitación sabiendo que si Lord Chonne encontraba una forma con la que yo pudiera demostrar mi valía, por muy horrorosa que fuera, mi padre la recibiría con los brazos abiertos solo porque provenía de él. Su mano derecha y mejor amigo. La persona más espantosa de todo nuestro reino.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

HONOR Y GLORIA

Los dos hombres no me habían dado más información sobre sus planes. Me habían ordenado estar preparada para cualquier cosa, por lo que ese mismo día preparé un petate con mis objetos más valiosos e indispensables. Una blusa de recambio y un libro. La blusa era indispensable y el libro valioso. No poseía mucho más, al menos que yo creyera importante.

Pasé tres días encerrada en mis aposentos esperando alguna palabra de mi padre, pero él pasó esos tres días encerrado en su despacho.

Al cuarto día y tras ver un rayo de sol filtrarse entre las eternas nubes de Bonach, decidí salir a dar un paseo. La ciudadela se había relajado tras el anuncio de que su princesa no daría descendencia al rey y las calles habían recuperado su ritmo normal.

Los panaderos sacaban su pan recién horneado, los pescadores mostraban sus peces recién pescados y los fruteros vendían lo que sus huertos habían producido.

Es un buen lugar, me dije mientras paseaba las calles bajo la atenta mirada de los curiosos. Había pocos niños, nuestra población era anciana en su mayoría, pero eran buena gente.

Pasé toda la mañana caminando sin rumbo, estudiando los lugares secretos de la ciudad, observando el Mar del Norte desde el muelle y recordando las aventuras que había vivido de niña escapándome de palacio solo para vivir como la gente normal.

Había un muchacho, no vivía en la ciudadela, era de más allá de los muros, pero todas las tardes entraba solo para verme a mí. Habíamos sido amigos hasta que cumplí los siete años y me prohibieron salir del palacio pues debía comenzar mi entrenamiento. Como mujer, como princesa y como guerrera.

Nunca supe lo que fue de él, pero imaginaba que había acabado trabajando en las minas, como su padre antes que él, o como soldado en el ejército, algo que algunos jóvenes encontraban mucho más atractivo que los trabajos de sus familias.

Recordaba su rostro, de pelo oscuro y piel pálida, como la mayoría de las gentes de Bonach, pero no recordaba su nombre. Era una de las cosas que había tenido que dejar atrás.

-Sabía que estarías aquí.

Estaba sentada frente al mar cuando escuché esa voz detrás de mí. Inmediatamente supe que mentía.

-No sabrías donde me escondo ni aunque te lo dejara por escrito- esperé a que mi hermano se sentara junto a mí para continuar- ¿Te lo ha dicho Neese?

-Que rápido me has calado- si mi hermano mayor era como mi padre, Myahl era la mezcla perfecta de nuestros progenitores. El rostro era bello como el de mi madre pero su pelo era claro y sus ojos oscuros- No sé cómo lo hace, pero siempre que le pregunto sabe donde encontrarte.

-Solo tienes que prestar atención- le dije mientras cerraba mis ojos hacía el sol- y verás que soy mucho más simple de lo que todos dicen.

-No escuchó lo que todos dicen. Si así fuera ya le habría pedido a padre que te colgara.

Me giré hacia él y lo observé sin decir nada. Era diez meses menor que yo y aun así era mucho más pequeño. La altura era otra de las cosas que había heredado de mi madre. A él nunca le habían obligado a tomar lecciones de ninguna clase, no sería rey y su título era suficiente para conseguir una esposa. Lo tenía todo regalado.

-¿Qué quieres?

-¿No puede un hermano menor buscar la compañía de su hermana mayor?

No, entre nosotros no era así. Nunca, a pesar de nuestra diminuta diferencia de edad, nos habíamos llevado bien. Ni mal. Simplemente no nos habíamos llevado. Él había pasado su infancia bajo el ala de nuestra madre y a medida que crecía se había rodeado de aduladores, algo que yo detestaba.

-¿Qué quieres?

-He escuchado rumores en la corte- confesó él por fin- De que padre tiene la intención de enviarte lejos.

-No sé nada.

-Sé que no lo sabes- él se tocaba las manos, nervioso- Al igual que sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto. Pero necesito hacerlo porque si no… Dion, si padre te envía a… a cualquier sitio, me gustaría que le pidieses llevarme contigo.

Una gran carcajada salió de mí involuntariamente. Entre todas las cosas en el mundo que Myahl podía haberme pedido, esa era la última en la que hubiera pensado. Antes hubiera esperado que me pidiera que matara a alguien que le molestara o que le enseñara a hacerlo. Pero esto… debía de haberse vuelto loco.

Sobre todo porque, aunque mi padre era el rey y Neese su heredero, toda la corte adoraba al menor de sus hermanos. Era querido allá donde fuese.

-¿Por qué motivo querrías tu marcharte?

-Estoy cansado de esta vida- y lo parecía, mirándole bajo la luz del sol parecía años mayor de lo que era en realidad. Nunca me había dado cuenta de los círculos negros bajo sus ojos- Me paso el día rodeado de gente a la que apenas conozco y que apenas me conoce y no hago más que escuchar lo maravilloso que soy. No tengo permitido equivocarme y las pocas veces que lo hago madre está allí para recriminármelo.

-Así que tu vida perfecta no tiene nada de perfecta.

-Para muchos de los que te vemos desde fuera tu vida parece perfecta.

De nuevo solté una carcajada involuntaria. Que mi hermano pensara eso, o que cualquiera pudiera pensarlo, hacía que los ojos se me llenaran de lágrimas de la risa.

-Eres la única hija del rey, querida por él desde que llegaste al mundo y ahora libre de no entregar tu vida a ningún hombre.

-Despreciada por su madre desde su nacimiento, querida por su padre, sí, pero entrenada desde niña para servir sus propósitos. Libre de no entregar mi vida a ningún hombre pero obligada a entregársela a mi padre y, algún día, a mi hermano.

-No lo había pensado de ese modo.

-Nadie lo hace.

No hablamos más mientras observábamos el sol ocultarse de nuevo tras las nubes, pero una vez nos levantamos para marcharnos ambos habíamos entendido que yo haría lo que él me había pedido. Fuera a donde fuese que mi padre me mandara sería más fácil si me iba acompañada de alguien conocido. Incluso si ese alguien era Myahl.

Volvimos al palacio bajo la lluvia pero aun así no nos dimos demasiada prisa en llegar. En la conversación que habíamos tenido habíamos descubierto más el uno del otro de lo que habíamos hecho en toda nuestra vida.

Un guardia me esperaba en las grandes puertas que separaban mi hogar de la ciudadela y me indico, con tono respetuoso, que le siguiera hacía el despacho del rey, donde él y Lord Chonne me esperaban. Ya sabía lo que iban a decirme, más o menos, y aunque estaba aterrada, también estaba impaciente. Impaciente por honrar a mi familia.

Ambos hablaban, tal y como lo habían hecho cuatro días atrás. En voz baja sin que nadie más pudiera escucharlos. No notaron mi presencia hasta que me acerqué al escritorio tras el que estaban sentados y di unos golpecitos en la mesa.

Los dos se sobresaltaron y me miraron con los ojos muy abiertos.

-¿No te he enseñado a llamar a la puerta?

No estaba de buen humor, lo que significaba que no iba a decirme nada agradable.

-Mis disculpas, Su Majestad- hice una leve reverencia y esperé unos segundos- ¿Me habéis hecho llamar?

-Sí- se puso de pie y se dirigió a la mesa donde solía guardar el correo- He recibido esto ayer por la noche.

Tomé la carta de su mano y me sorprendió ver que procedía de Nomde, del mismísimo palacio real.

Nuestra relación con los reinos vecinos no era cordial, pero tampoco bélica. En el pasado habíamos luchado los unos contra los otros pero poco después de que mi padre subiera al trono, eliminamos cualquier tipo de contacto. Tenía una tía, hermana de mi madre, desposada con un príncipe o un duque de Sarto. A parte de eso, los otros dos reinos no existían para

Bonach, nosotros no les molestábamos y ellos no nos molestaban.

Pero lo que tenía en mis manos era una prueba de que las cosas iban a cambiar. Era una carta corta y enviada al rey, pero no era realmente para el rey.

Su Alteza Real, Lyam Ougan, por la gloria de los dioses, rey de Nomde, archiduque de Toru, duque de Brebante, conde de Goci, señor de Molina, Capitán General de las Fuerzas Unidas y su comandante supremo ,Gran Maestre de la Orden de los Tres Nobles y Grande de Nomde

Tiene el gran placer de invitar a

Su Alteza Real, Pottre Bonachera, rey de Bonach, duque de Nair

A asistir a las celebraciones del quinto aniversario del reinado de su Alteza Real, que tendrán lugar la próxima quincena en el palacio real de Nomde.

Por mucho que lo leyera, la carta seguía sin tener sentido para mí. Mi padre no había sido invitado a la coronación del rey ni a ninguna de sus celebraciones pero por algún motivo lo habían invitado ahora. Tampoco entendía porque mi padre me había hecho leer eso.

-Joven arrogante- dijo cuándo comprendió que había terminado- Escribiendo todos sus títulos, humillando la falta de los míos.

-¿Asistiréis?

-No, pero tú si lo harás- la sonrisa en el rostro de mi padre era algo que no había visto nunca antes en él, más propia del malvado rostro de mi madre- Una de mis fuentes en Nomde me ha informado que el rey utilizará esa quincena de festejos para elegir una esposa. Ha invitado a todas las jóvenes casaderas de buenas familias de Sarto y Nomde.

-Entonces esta invitación es para mí- para que asistiera a la llamada de un hombre desesperado por encontrar esposa, yo, que había sido proclamada solterona hacía menos de una semana- ¿Queréis que vaya a la boca del lobo…? ¿Y seduzca al rey para que me escoja?

Si la expresión de mi padre me extrañaba, la expresión de Lord Chonne me hizo temblar.

-Las relaciones entre nuestros dos reinos han estado algo tensas últimamente – me explicó la mano derecha- Si has prestado atención en

tus clases de historia, sabrás que el rey de Bonach fue también rey de Nomde no hace tanto.

Lo recordaba perfectamente. Dos hermanos habían gobernado los reinos hasta que mi antepasado decidió acabar con la vida de su hermano para gobernarlos a todos.

-Por desgracia, el padre del actual rey, Ier Nomdedeu, recuperó su trono tras acabar con la vida de tu bisabuelo.- el monarca cogió dos copas y vertió en ellas un líquido oscuro. Una me la ofreció- Si no hubiera sido por él, yo sería hoy el soberano de dos de los tres reinos más poderosos del continente.

Sabía a donde iba a parar esta conversación y no me gustó nada. Desde mi visita a la casamentera mi padre había cambiado su comportamiento, como si hubiese llevado una máscara los últimos veintiún años y por fin se mostrase como realmente era.

-No deseáis que lo despose, queréis que lo mate.

No era una pregunta, pero aun así mi padre me respondió.

-Siempre has sido una joven inteligente. Una vez que acabemos con el rey y con toda la familia Nomde, nuestra casa volverá a reinar en los dos reinos. Conquistaremos Sarto también y yo no seré rey, sino emperador.

Ya tenía lo básico para partir, pero mi padre insistió en que debía llevarme un par de baúles de vestidos y joyas y a dos de mis tres doncellas. Yo insistí en que debía llevarme a Myahl.

Estuve cuarenta minutos enteros hablando de la importancia de presentarme en palacio con un miembro de la familia. Resultaría muy desesperado si iba sola. Mostraríamos un frente unido que el rey encontraría atractivo. Conseguiría más oportunidades para estar con él a solas y poder terminar su miserable vida.

Porque estaba dispuesto a hacerlo.

Sabía que tendría un conflicto conmigo misma, que me costaría aceptar que tenía que quitar la vida a alguien a quien ni siquiera había visto nunca, pero también sabía que a la hora de la verdad haría lo que fuese

para honrar a mi familia y alcanzar la gloria.

Dos días después de que yo leyera la carta, mi hermano, Zumo, Nicoi, una patrulla de soldados y yo partíamos en dirección a nuestro vecino del suroeste. De ellos nos separaban las Montañas Rojas y seis duros días de camino.

El clima al pasar las montañas pasaba de nuestro habitual cielo nublado al más terrible de los soles. No recordaba haber pasado tanto calor en mi vida, ni siquiera cuando llegaba a casa empapada de los entrenamientos, como cuando terminamos de atravesar el paso de las montañas tras tres días de viaje.

Era largo y aburrido pues yo me limitaba a ir sentada en el carruaje que mi padre me había cedido mientras mis dos doncellas hablaban entre ellas y mi hermano miraba por la ventana. Estaba tan desesperada que en una ocasión, cuando ya apenas podíamos ver las montañas detrás de nosotros, ordené a un guardia que se quitara los pantalones, me los puse yo y le obligué a compartir un caballo con otro soldado mientras yo montaba el suyo.

El sexto día, cuando ya habíamos pasado la frontera de Nomde y podíamos ver su capital a la distancia, decidimos acampar para llegar a la mañana siguiente.

Había un bosque antes de la ciudad, algo muy característico en esas tierras. No eran como los de mi hogar, con árboles enormes y comúnmente decorados del marrón de la tierra mojada. Los bosques allí eran luminosos y alegres, con pájaros cantando a todas horas y roedores saltando de rama en rama. Eran mucho más hermosos. Mucho más vivos.

Esperé pacientemente a que montaran mi tienda, en la cual pasaría la noche y el lugar donde podría quitarme el estúpido e incómodo vestido que llevaba desde hacía casi una semana.

Myahl entró en la tienda una vez que estuve en ropa de cama con un plato de comida recién preparada por mis doncellas.

-Mañana será el gran día, conocerás al hombre que podría ser tu esposo- por supuesto, no le había contado a mi hermano los planes de mi padre. Si yo era descubierta mi hermano no debía caer conmigo- ¿En qué piensas?

-Me alegro de que hayas venido- le había dicho muchas mentiras en los últimos días y esa debía de ser la primera verdad- Así podrás hablar bien de mi a toda la corte y enamorarlos con tus encantos.

-No soy demasiado bueno mintiendo.

Le di un golpe con el codo que hizo que se la cayera su plato y los dos nos reímos. Ni siquiera con Neese había sido nunca así. Como debía serlo. Joven y despreocupada.

Charlamos mientras compartíamos mi plato sobre cosas sin sentido y otras más profundas. Me habló de una chica de la ciudadela, una de las que habían acudido a Lady Leche al mismo tiempo que yo. Él creía haberla amado, habían pasado mucho tiempo conociéndose y llegó un punto de su relación en la que él le juro que pasarían el resto de su vida juntos. Para su sorpresa, ella fue a buscar un marido de todas formas. Y Myahl no estaba en la lista de posibles esposos.

Tenía mucho más dentro de lo que yo había pensado. Era divertido, romántico y dulce, además de carismático e increíblemente inteligente. Estaba al tanto de todo lo que ocurría en palacio gracias a un par de oídos a los que pagaba por mantenerle informado. Así se había enterado de lo que ocurrió cuando yo acudí a la casamentera. Manifestó lo disgustado que estaba con la decisión que había tomado y lo ridículo que era que todo un reino, incluido su rey, hicieran caso a un par de mujeres que decían ser influenciada por los dioses. Decía que los dioses estaban demasiado ocupados en otras cosas como para que les importase lo más mínimo con quien pasábamos los mortales nuestras cortas vidas.

Era como yo. Como mis padres por fuera pero como yo por dentro. Y eso me encantó.

Salió de mi tienda bien entrada la noche, cuando ya no podíamos aguantar con los ojos abiertos y me dormí nada más echarme sobre el improvisado colchón de cojines que las doncellas me habían preparado

A la mañana siguiente me levantó Nicoi y me ayudo a ponerme el mismo vestido que mi madre me había dado para presentarme ante la casamentera. Habían añadido unas mangas con el hombro caído pero mantenido el pronunciado escote.

No le permití ponerme la corona ni tampoco recogerme el pelo, así que lucí mi melena oscura suelta sobre mis omoplatos.

Ya que estábamos tan cerca de la ciudad, me negué a subir al carro y caminé junto a él mientras mi hermano me hablaba desde la ventana. No llevábamos ni diez minutos de camino cuando noté algo extraño. No había sonidos de pájaros, ni ardillas en el camino de tierra, algo que habíamos encontrado todo el camino.

Mantuve la calma y no informe a los soldados, pues me imaginé que se trataba solo de la cercanía a los grandes y altos muros de la ciudad. Hasta

que el hombre apareció entre nosotros.

Nuestra marcha se paró de inmediato y los soldados que me escoltaban le gritaron que debía quitarse del medio. Su único error fue informarle sobre a quién transportaban. El hombre sonrió al escuchar la palabra princesa y en seguida más hombres aparecieron a los lados del camino.

Todos mantuvieron la calma y yo abrí la puerta del carruaje, les pedí a mis doncellas que no hicieran ruido y cogí mi espada de debajo de los asientos. Después bloqueé la puerta desde fuera para que ni ellas ni mi hermano pudieran salir.

Sentí el peso de Gorgo en mi mano izquierda y esa sensación de poder me inundó. Mi padre me la había otorgado al cumplir los quince años a pesar de que había pertenecido a la familia de mi madre. Era una espada sencilla, hermosa y, en las manos correctas, letal.

En cuanto el primer hombre dio un paso en mi dirección, me abalancé sobre él alzando a mi compañera más leal.

Capítulo 3

CAPÍTULO 3

LARGA VIDA AL REY

La gente nos observaba mientras avanzábamos por la calle principal de Luz, capital del reino. Y no era de extrañar. Desde fuera, ellos veían un carruaje precedido por tres jinetes, uno de los cuales lucía un hermoso vestido pálido. Un vestido empapado de sangre.

Monté orgullosa en uno de los caballos que los asaltantes no habían podido robar mientras observaba a la multitud que empezaba a formarse a nuestro alrededor. Solo dos soldados, además de uno que estaba gravemente herido dentro del carruaje, habían sobrevivido al ataque.

Antes de que pudiéramos llegar a las puertas del palacio, unos guardias nos detuvieron y nos ordenaron informar de nuestra identidad e intenciones. Tras actuar como la perfecta princesa y suplicar ayuda para mi hombre, tres guardias me escoltaron, a mí y a mi hermano, hacía el salón principal, donde el rey se encontraba.

Si mi hogar era hermoso por su sencilla piedra gris y su monotonía, los cientos de colores hacían que el palacio de Nomde resultara un espectáculo de luces. El sol entraba reluciente por las vidrieras de colores reflejándose en cada superficie que encontraba. Era sin lugar a dudas el lugar más hermoso en el que había estado nunca. Cada detalle del interior estaba hecho para complementar y hacer más hermoso al que tenía al lado. Todo había sido colocado con minucioso cuidado.

Uno de los guardias llamó a una gran puerta de madera negra. Desde el otro lado me llegaban voces femeninas hasta que una voz masculina las hizo callar para darnos permiso para entrar.

-Disculpadme que os moleste, mi Señor- dijo un guardia dejándonos fuera de la habitación con los otros dos- Pero ha habido un accidente.

-¿Hay algún herido?

La voz al otro lado de la puerta parecía realmente preocupada. El informante se giró hacía mí y me hizo un gesto. Yo entré. Me deslice al

interior y, sin mirar al monarca, me eché al suelo en una marcada reverencia.

-Majestad, soy Myahl Bonachera, Infante de Bonach.- dijo mi hermano desde detrás echándose también al suelo. Según el protocolo de mi reino, yo debía esperar hasta que mi hermano me presentara pues hablar sin permiso podía ser considerado una ofensa. – Hemos sufrido una emboscada en el camino y uno de nuestros hombres necesita ayuda médica urgente.

-En pie, por favor- me levanté para encontrarme ante cuatro personas, tres de ellas de pie ante hermosos sillones llenos de cojines, la cuarta, un hombre, el rey, de pie a unos metros de mí- Sé quién sois, Príncipe Myahl, vuestro padre envió una misiva para avisar de vuestra llegada.

-¿Estáis herida, mi Señora?- me costó entender que una de las jóvenes presentes se dirigía a mí. Era hermosa, con la piel morena y el pelo claro y vestía un vestido del mismo estilo que el mío pero mucho más modesto- Vuestro vestido…

Miré hacia abajo al tiempo que le dedicaba una sonrisa tranquilizadora. Después me giré hacía el rey y lo estudie por primera vez. Era mayor que yo pero mucho más joven que mi padre. Vestías ropas sencillas de color azul oscuro y lo único que lo diferenciaba como rey era el anillo de oro en el dedo índice de su mano derecha.

-Estoy bien, gracias. La mayoría de esta sangre no es mía.

-Permitidme que os presente a mi hermana, Su Alteza real, la princesa Dion Bonachera, infanta de Bonach, duquesa de Are y Joya de Bonach.

Volví a hacer una reverencia, esta vez solo con mi cabeza.

-Mi señora- dijo el rey imitando mi gesto- Soy Lyam Nomdedeu, rey de Nomde. No es necesario que os diga mis otros títulos. Esta es mi hermana, Coro, duquesa de Dud y Grande de Nomdedeu. Mi otra hermana, Maura, condesa de Cornelle y Grande de Nomdedeu y mi madre, la reina Mara, duquesa de Cede, señora de Molina y Grande de Nomde.

Las tres mujeres se inclinaron y yo hice lo mismo, dedicándoles mi mejor sonrisa. Todas ellas, al igual que el rey, poseían un tono de piel bronceado y bello pero a diferencia de sus hermanas y su madre el rey tenía el pelo oscuro.

-Me aseguraré de que traten a vuestro hombre. Ahora, debéis estar agotados tras el viaje.- se giró hacia los hombres que nos habían acompañado- Acompañad a Sus Majestades a sus aposentos y dejadles

descansar.

Me estudió de arriba abajo, haciendo una pausa en mis pechos y después posó su mirada en mis ojos. Los suyos eran oscuros pero por la luz, que provenía de su espalda, no podía ver el color. Pero no necesitaba saber el color de sus ojos para matarlo.

-Enviaré a alguien a por vosotros para cenar, si nos concedéis el honor de uniros a mi corte, celebraremos una fiesta en vuestro honor.

Otra reverencia más a modo de afirmación y después mi hermano y yo seguimos al mismo hombre que nos había llevado hasta allí camino del lugar que sería mi hogar durante un tiempo indefinido.

A medida que caminábamos por los pasillos de palacio, memoricé cada giro y cada puerta que pudiera resultarme interesante. Cada sala por la que pasábamos estaba llena de cortesanos haciendo actividades varias pero ninguno nos saludaba después de estudiarme de arriba abajo.

No debí mancharme el vestido pensé cuando llegamos al pasillo donde nuestros aposentos se encontraban, una imagen terrible para conocer al rey. Pero podríamos haber perdido cada guardia e incluso la vida. Yo marqué la diferencia.

Porque yo había decidido, al encerrarlos en el carro, que mis tres acompañantes no debían luchar. Porque sabía que mis doncellas no eran buenas en ese arte que yo misma había intentado enseñarles en alguna ocasión. Porque sabía que la espada que mi hermano mejor dominaba eran las palabras.

Lo único que podía haber pasado si yo me hubiera encerrado con ellos era que hubiera tenido que luchar yo sola una vez los guardias de fuera estuvieran todos muertos.

Me alojaron en una habitación junto a la de mi hermano en un ancho y hermoso pasillo del ala sur del castillo. Según me dijo mi acompañante, allí era donde se alojaban los invitados de la realeza pues, además de ser las habitaciones más grandes y lujosas, eran las que se encontraban más cerca de las de la familia real, que estaban un piso más arriba.

Cuando abrí la puerta casi me caigo de la sorpresa. Si todo el palacio era de una belleza aplastante, la única palabra que podía usar para definir la belleza de mi dormitorio era devastadora.

Todo estaba decorado en tonos azules y amarillos, con alfombras coloridas sobre el suelo de baldosas. Había dos grandes ventanas tan altas como el techo en una de las paredes con un escritorio entre ellas, una biblioteca en otra y la tercera estaba ocupada por una gigantesca cama con dosel

llena de cojines.

Me acerqué a una de las ventanas, pasando por delante de un sofá y dos bancos, y las abrí para respirar el aire que venía del mar. Justo ante mí la enorme masa de agua se extendía hacia el infinito, como si estuviera hecha de algo diferente a nuestro mar en el norte. Aquí el agua era mucho más clara y el reflejo del sol sobre ella hacía que te quedaras sin palabras.

-Nada que yo haya visto antes- mi hermano entro en mi cuarto tras dejar su chaqueta en el suyo. Sudaba como nunca le había visto hacerlo antes- Siempre pensé que Bonachera era el lugar más hermoso del mundo.

-Nunca habías salido de allí antes.

Y aunque yo tampoco lo había hecho, había leído mil libros sobre la belleza de los reinos y ciudades del sur, sobre como el sol podía marcar una diferencia tan grande como la nieve, embelleciendo el mundo bajo él.

No dormí nada en las varias horas que pasé en mi habitación. Junto con Nicoi y Zumo preparé el vestido que me pondría esa noche y hablamos de que peinado le iría mejor. Como fiesta oficial, debería lucir una corona y mi padre me había regalado dos antiguas que habían pertenecido a nuestros antepasados.

A causa del calor, decidí darme un baño antes de bajar a la fiesta. Tenía, además, sangre bajo mis uñas y algún que otro arañazo en mis brazos. Nada de lo que mis doncellas no se pudiesen encargar.

El vestido que elegimos para esa noche era completamente distinto al que había usado para presentarme ante el rey. Este era de un color rosa palo, muy claro y sedoso y se pegaba a mis curvas para luego caer en una cascada de tela hasta mis pies. La parte de arriba era cerrada y transparente y casi dejaba mis pechos al descubierto pero tenía diseños bordados cosidos justo en los lugares clave, y del mismo color de la tela, para evitar que se viera nada. En cambio, la espalda era completamente abierta hasta mi cintura y mis brazos iban al descubierto dejando que todos vieran los lunares y cicatrices que los decoraban.

Habíamos elegido este vestido con cuidado pues combinaba perfectamente con las joyas de cuarzo rosa y con una de las coronas que mi padre me había dado. Cuando salí de la habitación, con un moño trenzado en mi nuca la corona brillaba orgullosa en mi cabeza y aunque no me encantaba arreglarme y me sentía más hermosa cuando estaba despeinada y con pantalones, la gente nos miraba a mi hermano y a mí a

medida que avanzábamos hacia el salón del trono.

Myahl había escogido un conjunto a juego con el mío, pero era unos tonos más oscuros tirando a granate. Su cabello rubio destacaba ante la profundidad del color y resultaba carnada para toda mujer que lo miraba.

Una vez llegamos ante el rey, sentado en su hermoso trono de oro, mi hermano y yo hicimos una reverencia, al igual que otros invitados habían hecho al llegar, y el rey nos presentó a la multitud.

-El príncipe Myahl Bonachera y su hermana, la princesa Dion serán mis invitados personales. Espero que todos vosotros- hizo un gesto con la mano hacía su corte- olvidéis cualquier clase de rencor pasado y los tratéis como lo que son, familia.

No había pensado al presentarme allí que nadie, salvo mi padre, pudiera guardar alguna clase de rencor por lo que había pasado. Pero, al fin y al cabo, había sido mi bisabuelo quien había matado al abuelo del monarca, utilizado a su gente para su propio beneficio y asesinado a todo aquel que se alzara contra él.

Pero para mi sorpresa, toda la multitud asintió con la cabeza y muchos de ellos nos dedicaron sonrisas mientras nos apartábamos del centro de la sala para dejar al próximo invitado presentarse.

Había muchísimas más mujeres de las que había imaginado. Por cada hombre presente había cinco mujeres, todas deseando sentarse en el trono junto al rey que ahora ocupaba su madre.

Esperamos pacientemente a que un par de nobles se presentaran y después la fiesta continuó. Los lacayos aparecieron por las puertas con bandejas llenas de comida y bebida que inmediatamente me dispuse a coger.

Las palabras de mi padre resonaban en mi mente mientras acechaba a su majestad. Tan rápido como puedas, gánate su afecto y consigue estar a solas con él. Mi padre no había mencionado en ningún momento que debía de ser un secreto quien había acabado con su vida y sospechaba que quería que pensaran que había sido yo. Así la guerra sería la única solución y, con un nuevo y más joven rey, mi padre ganaría seguro.

Hablé durante unos minutos con las personas que se atrevieron a acercarse a mi hermano y a mí. Conocí a duques y condes y a algún que otro señor, todos ellos comentando la alegría de que nuestras casas volvieran a firmar la paz.

Estudié, mientras mi hermano hablaba con todo el mundo, al monarca desde la distancia. Hablara con quien hablase él siempre tenía a su madre

a su lado como si se tratase de una esposa obediente.

-Os presentéis en Nomde con mucho orgullo para ser bis nieta de quien sois.

Me gire para encontrar a un joven hablándome. Tenía el pelo claro y la piel bronceada, como todas las personas a mí alrededor, y vestía ropas de un brillante color rojo.

-Mi familia se ha avergonzado lo suficiente por lo que Hernas Bonachera hizo.

-Nomdedeu. Su nombre era Hernas Nomdedeu. Cambió su nombre por el de su esposa cuando asesinó a mi abuelo, pero seguía siendo hijo de Dunom el Grande.

Su abuelo. Hablaba con un príncipe de Nomde.

-Por supuesto- coincidí intentando evitar el conflicto e hice una reverencia- Es un placer conoceros, alteza.

-Ojalá pudiera decir lo mismo- parecía que iba a seguir insultando, pero vio por el rabillo del ojo al monarca acercarse e imitó mi gesto anterior- Fliok Nomdedeu, para serviros.

-Ya habéis conocido oficialmente a casi toda la familia, solo has falta la menor de mis hermanas- comentó el rey cuando estuvo a nuestra altura- Me alegra saber que os están tratando bien.

Le dediqué mi mejor sonrisa, consciente de que cada mujer a nuestro alrededor estudiaba la situación.

-¿Os encontráis a gusto en los aposentos que os hemos asignado?

-Jamás vi algo tan hermoso como la vista desde mi ventana. La manera en la que el sol hace que todo en vuestro reino se convierta en algo mágico es… sencillamente me quita el aliento.

-No veis mucho el sol en el norte, ¿me equivoco?- el príncipe estudió mi piel pálida y yo le sonreí- Parece que habéis estado encerrada en una torre toda vuestra vida.

-Al contario, mi padre me ha otorgado siempre una gran libertad- miré al rey a los ojos- Él siempre se ha asegurado de que a mí no me faltara de nada.

-Excepto un esposo, según nos informaron.

Así que ellos también tenían un informador en nuestra casa. Sí sabían de mi visita con la casamentera debían de saber muchas cosas más.

-La casamentera de la capital tomó una decisión basándose en mis actos del pasado y mi título.

-¿Significa eso que creéis que nuestros actos no nos definen?- preguntó el rey participando en la conversación- Es algo muy fácil de decir cuando intentáis enmendar los errores de vuestra familia.

-Creo que, en la desesperación, el ser humano toma decisiones desesperadas. Pero no creo- dije enfatizando mucho- que sea deber de los hijos enmendar los errores de los padres.

El príncipe estudió a su hermano mientras este sopesaba mi comentario y yo aproveché para hacer lo mismo. Teniéndolo tan cerca, me di cuenta de que él era casi una más alto que yo, a pesar de que yo era considerada demasiado alta para ser una mujer. Su pelo era castaño, no negro como había pensado en un primer momento y cuando la luz le golpeaba directamente tenía reflejos dorados.

-Comprenderéis, mi señora- el rey me tomó del brazo y me alejó tranquilamente de su hermano y de la multitud- que encuentre sospechoso que estéis aquí en un momento como este.

-¿Y cuál es ese momento del que habla?

-¿Insinuáis que no se os ha informado de que estoy buscando una esposa?- yo agaché mi cabeza fingiendo avergonzarme- Vuestro padre es un hombre inteligente y debe de estar buscando la manera de recuperar lo que considera suyo. Y aunque el matrimonio me parece una opción poco belicista para él, debe de ser la primera que ha sopesado.

-Entenderéis que, tras ser rechazada por los dioses, mi padre busqué otra manera de que yo honre a mi familia.

-Es propio de las gentes de Bonach pensar que la única forma que tiene una mujer de honrar a su familia sea a través del matrimonio. Si pasáis aquí las próximas dos semanas descubriréis que en este reino las cosas son muy diferentes.

-No puedo esperar.

Nos miramos a los ojos unos segundos. Él, intentando descubrir lo que pasaba por mi mente. Yo, imaginando como se sentiría hundir un cuchillo

en su musculoso cuellos.

Inclinó la cabeza y me dejo sola con mis sueños sangrientos.

Después, subió los escalones hacía la tarima de piedra donde se encontraba su trono y alzó su copa hacia la gente, que guardó silencio esperando las palabras del monarca.

-Hoy es un día grande para nuestro reino. No solo porque tomé el puesto de mi padre hace cinco años, sino porque conmemoramos el día en el que él se sentó en el trono tras vengar a su padre.

-Que los dioses guarden al rey Ier en su gloria.

Coreó la multitud haciendo referencia a su último rey.

-Hemos visto años oscuros. Hemos sufrido. Hemos llorado. Pero hemos estado los unos para los otros. Para curarnos. Para consolarnos. Nunca hemos estado solos.

"Esta noche, brindó por mi familia, que me ha otorgado fuerzas para salir adelante. Por mis enemigos- juraría que en ese momento me miró- que me han dado valor para luchar por mi gente. Y por todos vosotros, amigos, que hacéis de este reino un lugar por el que vale la pena luchar. ¡Larga vida a Nomde!

-¡Larga vida al rey!

Capítulo 4

CAPÍTULO 4

PARTE DE NOSOTROS

Despertar con el sol en mi rostro era algo a lo que me costaría acostumbrarme, sobre todo si celebraban fiestas así a menudo. La cabeza me latía como si mi corazón estuviera en ella y apenas podría abrir los ojos cuando Zumo y Nicoi entraron en mi habitación.

Casi les gruñí cuando apartaron las finísimas sabanas de mi cuerpo desnudo, pero me contuve al abrir un ojo y ver la sonrisa de Nicoi. No pude evitar devolvérsela.

-Menuda fiesta, niña.

Yo solo asentí y en voz muy baja les supliqué que me trajeran algo de desayuno. Para mi sorpresa, Zumo ya llevaba una bandeja en la mano llena de frutas varias y algo de pastelería.

Me levanté corriendo al verla, dejando que me pasaran una bata sobre mis hombros, y me senté en uno de los sillones poniendo la bandeja sobre mis piernas. No estaba segura de lo que estaba comiendo, pero todo me sabía a gloria. La fruta se deshacía en mi boca y los pasteles sabían a azúcar sin llegar a ser demasiado dulces. Cuando me paré para respirar, descubrí a las dos doncellas mirándome con una sonrisa y me sorprendió ver que Nicoi llevaba algo en los brazos.

-¿Qué es?

Zumo comenzó a dar saltitos mientras yo me levantaba para quitarle a la anciana el paquete de las manos.

-Lo ha traído la ayuda de cámara del rey.

Abrí el paquete corriendo para encontrar un conjunto de pantalón y blusa. Era como un vestido, pues el pantalón era tan ancho que no se diferenciaban las dos perneras y la parte de arriba iba a juego con este.

Me quite la bata y les hice una seña para que me ayudaran a ponérmelo. Había tardado un año entero en convencer a mi padre de que los vestidos no eran cómodos para entrenar y había sido algo desmesurado que me permitiera usar pantalones. En cambio, parecía que aquí las mujeres lo usaban a diario.

Pero no era solo eso.

Una vez lo tuve puesto, el color verde hizo que mis ojos claros resaltaran convirtiéndolos en dos brillantes estrellas grises. Además, había un pequeño hueco entre los pantalones y la blusa, permitiendo así que todo el mundo viera parte de mi pálido vientre y las cicatrices en él.

-Es… diferente.

-¿Diferente bien o mal?- les pregunte alejando mis ojos del reflejo en el espejo y girándome hacia ellas- Sed sinceras porque si me queda mal no debo usarlo para presentarme ante él.

-Pero podría ofenderse si no lo hacéis.

-Estas preciosa, Dion. Es solo que nunca te habíamos visto exponiendo el vientre y mucho menos con unos pantalones tan elegantes.

Volví a mirar mi reflejo. A pesar de que las mangas de la blusa y los pantalones eran largos, el conjunto era muy fresco y permitía a mi cuerpo ventilarse a la perfección. Yo no había sido nunca demasiado coqueta, así que decidí que su frescura era motivo suficiente para lucirlo ese día.

Además de ser un regalo del rey.

-Los pendientes de esmeraldas combinarán perfectamente.

Abandoné mi habitación al mediodía, dispuesta a buscar al rey para agradecerle su regalo y para ganarme su confianza. Al contrario de lo que esperaba, la gente no me prestó mucha atención mientras caminaba por los pasillos del palacio. Al contrario, nadie me prestó la me hizo ni caso.

Salí por el salón del trono hacía los hermosos jardines donde las demás invitadas disfrutaban del calor del sol. Y donde me habían dicho que se encontraba él.

Caminaba despacio, con las manos en su espalda mientras hablaba

sonriente con una joven morena.

Era muy bella. Mucho más que mi madre. Sin duda una de las mujeres más guapas que yo jamás había visto.

No podría decir que era exactamente lo que la hacía tan impresionante. Su forma de caminar, sus hombros delgados o su diminuta cintura. Quizás fuera la manera en que su largo cabello liso decoraba sus clavículas, o su delgada nariz recta.

Alguna de esas razones hacía que el rey la mirara con infinito cariño.

-La princesa Alierta Sartorius, gran duquesa de Suta y única heredera al trono de Sarto- la princesa Coro estaba mi lado y descubrió que les observaba- Una joven encantadora. Una opción a tener en cuenta.

-No sabía que la reina de Sarto tenía una hija.

-No la tiene. La princesa es hija de su hermano y de tu tía, lady Lida- me dedicó una brillante sonrisa- Es vuestra prima.

-Desconocía su existencia- comenté, preocupada porque mi familia nunca hubiera recibido esas noticias. Les seguí observando hasta que mi hermano me sorprendió acercándose a ellos para presentarse. Sin duda debía de haberse enterado de quien era ella- Es muy hermosa.

-La belleza es una de las principales características de los Sartorius aunque la sangre de su madre también ha ayudado mucho. Solo hay que verte a ti.

-Sois muy amable- dije rechazando el cumplido- Pero creo que no es posible comparar.

Era imposible. Ella era todo lo que yo jamás sería. Dulce, reluciente y de mirada brillante. Eso último lo supe cuando la tuve a unos metros de distancia. Mi hermano me había visto observar desde lo alto de la escalera y había decidido presentarnos.

-Ali, permíteme presentarte a tu prima la princesa Dion Bonachera, infanta de Bonach, duquesa de Are y Joya de Bonach.

Hice una reverencia que aproveché para esconder la mueca que apareció en mi rostro ante el apodo con el que mi hermano la había llamado. Se habían conocido hacía tres minutos y ya tenía un apelativo cariñoso para ella.

-Es un placer, mi señora.

-Oh, por favor- ella se lanzó a mis brazos dejándome anonadada- llámame Ali. No puedo creer que por fin te conozca, llevo toda mi vida esperando este momento.

Simulé una emoción semejante a la de ella que desapareció cuando le hice la siguiente pregunta:

-¿Sabíais de mi existencia?

-Por supuesto que sí. Todo el mundo en Sarto ha oído hablar de la bella duquesa de Are. Fue una gran alegría para nuestra familia cuando nuestros abuelos te otorgaron su título- se calló un segundo, estudiando mi expresión y comprendiendo mi estupor- Desconocías que tenías primas.

Primas. En plural. Mi tía había tenido más de una hija y nosotros no lo sabíamos. Mi madre hablaba de su hermana como si fuera la persona a la que más había querido del mundo y aun así no nos había contado nada de ella cuando esta se casó con el príncipe.

-Tendréis tiempo de poneros al día más adelante- añadió el rey participando por primera vez en la conversación- Ahora, creo que debería enseñarle a Lady Dion los jardines.

Mi prima sonrió y soltó el brazo del monarca, el cual todavía estaba entrelazado con el suyo.

-Nos vemos después, prima. Cuídala Lyam.

Lyam, como mi prima lo había llamado con total confianza, me ofreció su brazo y yo lo tomé dejando que me guiara por los jardines que desde abajo parecían laberinticos.

-¿Conocéis a Lady Alierta desde hace mucho?

-Toda la vida. Mi padre y su tía, la reina Ougan, eran grandes amigos.

-Tan buenos como para poneros su nombre.

-Sí- caminábamos despacio, sin prisa, bajo la atenta mirada de la gente- Es una gran mujer. Todo un ejemplo de lo que un monarca debería ser. Todo a lo que yo aspiro.

-¿No es eso injusto para las demás jóvenes?- me miró extrañado, sin entender mi pregunta- La conocéis de toda la vida por lo que la tendréis más en cuenta que a otras que acabáis de conocer a la hora de escoger

una esposa.

-Ella no ha recibido ningún presenté- en contra de mi voluntad, me sonrojé y bajé la mirada hacia mis pantalones- Tal y como esperaba, el verde es vuestro color.

-¿Cómo lo habéis sabido?

-¿Qué el verde es vuestro color?

-No- reí - Que llevaría pantalones.

-Vuestro vestido estaba manchado de sangre- no pareció darle demasiada importancia a ese hecho- Lo cual significa que participasteis en la defensa de vuestro grupo. No fue difícil deducir, a partir de ahí, que recibisteis entrenamiento militar. No conozco a mucha gente que entrené con vestido.

-Yo lo hice- levanté la cabeza con sorna y orgullo- Siendo una dama, necesitaba poder defenderme incluso cuando llevara falda.

-¿De que necesitaría defenderse una princesa?

Se paró y me enfrentó. Y pude ver el color de sus ojos. No fue difícil, pues hacían juego con todo el verde a nuestro alrededor. Agaché la cabeza avergonzada de la sinceridad que iba a utilizar.

-El único apreció que he conocido es el de mi padre. Ni mi madre, ni mis hermanos, ni mi pueblo me considera alguien necesario. Soy la segunda hija de un rey con dos descendientes varones. Inútil. Prescindible. Me hice necesaria de otras maneras.

-Esa es la principal diferencia entre tu gente y la mía- me tuteo por primera vez y sin saber muy bien porque deseé escucharle decir mi nombre- Tengo tres hermanas y todas ellas participan en el gobierno de mi reino.

-Pero vuestra hermana Coro no tiene el derecho que vos tenéis.

-Ella es un espíritu libre- me habían informado de que, a pesar de ser el rey, no era el primogénito. Coro era la mayor de los cinco- Cuando llegó el momento de que tomara el lugar de mi padre, ella rechazó la corona.

-¿Podría haber sido reina?

Viniendo de donde venía, con sus ideas machistas y sus santos misóginos,

esa idea me parecía increíble.

-Podría, pero no quiso. Por ello Maura es ahora la segunda en la línea de sucesión, al menos hasta que yo tenga un heredero.

-Y para ello necesitáis una esposa.

-Exacto.

-Y por eso estamos nosotras aquí.

-¿Es por eso por lo que estás aquí?- no sabía cuándo nos habíamos alejado del campo de visión de las personas ni en qué momento él había comenzado a acercarse a mí- Debo confesar que siento una gran curiosidad por tu persona.

-Solo preguntad- a pesar de que yo no había hecho ningún intento de cortejo, parecía muy atraído hacia mí- Prometo hacer lo que he hecho desde que llegué ayer por la mañana. Mostrarme tal y como soy.

Y se lo creyó.

Pasé un rato maravilloso paseando con el rey, pero había medio centenar de jóvenes a las que él debía conocer. Substituí su compañía por la de un buen libro.

No abandoné mi habitación el resto de la jornada. Me senté en mi dormitorio y no me moví del sillón ni para comer. Mis doncellas se encargaron de que no me faltara de nada.

El libro que leí era el que me había llevado de casa. Había decenas de libros en la estantería de mi cuarto, pero yo sabía que ninguno me transportaría tan lejos como ese. Trataba de un reino en el que dos amantes buscaban la forma de poder estar juntos. Demasiado romántico para muchos, e incluso resultaba demasiado empalagoso para mí en ocasiones. Pero el amor que ellos compartían era algo por lo que yo hubiera matado.

El cielo se oscureció antes de que yo terminara el libro y alguien llamo a mi puerta. Nicoi abrió y recogió lo que un joven mensajero traía. Era una carta de mi padre. Rompí el sello y la leí:

Hija mía,

Me temo que el carácter de tu misión debe cambiar. Lord Chonne y yo hemos hecho ciertas averiguaciones y coincidimos en que lo más sabio sería mantener la paz. Por ello, deberás conquistar al rey, convertirte en su esposa y, por ende, en reina.

Esperamos impacientes tu carta en la que nos informes de tus progresos y el momento de vernos en Luz para la ceremonia.

Tu hermano te envía un abrazo y desea que te informe de que él y Dox esperan con orgullo a su primer hijo. Ella también te envía un caluroso abrazo.

Atentamente,

Pottre Nomdedeu.

PD: Quémala.

Leí y releí la carta y aun así no podía comprender que habría causado que mi padre cambiara de opinión. ¿Casarme con el rey y convertirme en reina? Inconcebible. Había sido criada para ser esposa, hermana, hija y guerrera, pero nunca reina. Era algo que ni siquiera me había planteado.

Me acerqué al escritorio, donde una vela brillaba en la oscuridad y mantuve la carta sobre ella. Observé como se quemaba, muy lentamente.

-¡Dion!

Noté como Zumo arrancaba el fuego de mi mano justo cuando sentí como me quemaba. Mi padre siempre había dicho que pensaba demasiado y me evadía cuando lo hacía. Ahora lo había vuelto a hacer y la palma de mi mano lo había pagado, brillando mientras la quemadura aparecía.

Dejé que las dos mujeres me trataran mientras yo me limitaba a pensar en la carta. Mi padre me había escrito en otras ocasiones cuando él partía y siempre había empezado con *mi querida hija*, per esta vez no había habido palabras cariñosas. Tampoco se preguntaba cómo me encontraba ni lo que opinaba sobre el rey.

Era una carta enviada solo para proclamar su voluntad. La voluntad que yo debía cumplir.

No dormí esa noche. La carta me preocupaba y un millón de terribles escenarios aparecieron en mi cabeza. No había forma de saber las intenciones de mi padre salvo preguntárselo.

Y eso hacía que mi interior estuviera en guerra.

¿Desde cuándo me cuestionaba las órdenes de mi padre? ¿Cuándo, hacer el bien, se había convertido en algo tan difícil? ¿Qué había ocurrido en la última semana para que yo dudara del hombre que me trajo al mundo?

Demasiadas preguntas para las que yo no tenía respuesta.

Capítulo 5

CAPÍTULO 5

SOMBRA DE LUNA

Mi hermano se dio cuenta en seguida de la enorme mancha en mi mano derecha. No había querido cubrirla, pues con el calor tardaría más en secarse que sí dejaba que el viento le diera.

El día anterior no lo había visto desde que me presentó a nuestra prima, y ese día parecía que también estaba demasiado ocupado como para hacerme caso a mí.

Él y toda la corte.

Se volvieron locos preparando algo para esa noche. Supuse que se trataría de otra fiesta, pero algo se sentía diferente en el aire. No iba a ser una fiesta como las de las noches anteriores.

-Prima- estaba en el salón cuando escuche a Alierta llamarme- Te perdiste las celebraciones de anoche, ¿no te encontrabas bien?

-Eso- dije por falta de una excusa mejor- Estaba indispuesta.

-Bueno, esta noche disfrutaremos el doble- estaba muy contenta, más incluso que la mañana anterior y no tardé en descubrir por qué- Está mañana he despertado con una carta de mis padres. Vendrán para las próximas celebraciones y mi tía con ellos.

-¿La reina Ougan va a venir?

-Así es, llegarán esta noche y les estaremos esperando con una gran fiesta.

Ougan Sartorius, otro de los grandes enemigos de mi padre, cuyo padre había dado cobijo a Ier Nomdedeu cuando mi bis abuelo había robado el trono y después le había prestado su ejército para echar al tirano.

Mi padre decía que habían sido amigos. Que cuando yo nací ella vino a nuestro palacio para la celebración y ahí fue cuando comprometió a su

hermano con mi tía. Había estado un par de veces allí, pero cuando se supo de la gran amistad que compartía con el por aquel entonces enfermo rey de Nomde, las cosas se enfriaron entre ambos.

-¿Cómo es vuestra madre?

-Se parece mucho a ti- me dijo con una sonrisa mientras que caminábamos hacía los jardines, supuse que para pasear- Solía decirle que era la mujer más hermosa del mundo y ella siempre me respondía: lo dices porque nunca conociste a mi hermana. Mi madre habla de ella como si la adorara a pesar de los muchos años que hace que no se ven. A veces la encuentro llorando frente a un retrato que hay en nuestro hogar. Un retrato de su familia

No me atreví a decirle que jamás había visto a mi madre mostrar ningún tipo de emoción parecida, ni siquiera en el funeral de mis abuelos, casi diez años atrás. Lo único que había manifestado era su reticencia a otorgarme el título que ellos me habían pasado, pero mi padre acepto dármelo sin ninguna clase de reparo.

-¿Creéis que se sentirá feliz de verme aquí?

-Oh, ¡no debes preocuparte por eso! Te querrá por el mero hecho de ser duquesa de Are.

Le sonreí y continuamos paseando. Me sorprendió lo impaciente que estaba por conocer a mi tía y pasé todo el día pensando en cómo haría cuando la tuviera delante. Y en cómo debía vestir para impresionarla.

Tras comer con mi prima me excusé para descansar en mi cuarto y hablar con mis chicas sobre cómo debía prepararme para esa noche. Me arreglaron las uñas, taparon como pudieron la marca en mi mano y quitaron cada pelo de mi cuerpo.

Fue un trabajo duro para ellas pues había mucho que tapar. Tardamos casi cuatro horas en conseguir que mi cuerpo se viera deseable tapando las cicatrices de mis hombros y brazos.

Horas antes de que la fiesta empezara, yo ya estaba casi lista a falta de elegir un vestido, joyas y peinado. Me senté en el pequeño escritorio y decidí contestar a la carta de mi padre.

Muy querido padre,

Debo confesar que no me ha gustado escuchar el nuevo plan pero estoy

dispuesta a llevarlo a cabo si eso significa daros lo que merecéis.

El rey es un hombre amable, honrado y generoso y ya ha mostrado su interés hacia mí. Espero que en una semana nuestra relación esté tan avanzada que la presencia de otras damas en la corte no sea necesaria.

Hoy se me ha informado de que Lida Sartorius, hermana de mi madre, acudirá acompañada de su esposo y su cuñada a las celebraciones. No sé cuántos días estará en Luz pero espero vuestra carta con las instrucciones si queréis que haga algo al respecto.

Dadle un abrazo a mi hermano y comunicarle mi alegría de convertirme en tía. Espero volver a casa a tiempo para estar presente en el nacimiento.

Atentamente,

Tu única hija.

Cerré la carta y la sellé con mi escudo personal, el cual mi padre había convertido en un colgante que siempre iba en mi equipaje.

La observé durante unos segundos antes de entregársela a Nicoi y darle órdenes de enviarla inmediatamente. Sabía que si tardaba un minuto más en enviarla terminaría reescribiéndola y suplicando a mi padre que me permitiera volver a casa sin la necesidad de contraer matrimonio.

Cuando Nicoi volvió se encargaron de vestirme con lo que yo había elegido.

El vestido no tenía nada que ver con los que había llevado antes. No tenía vuelo, caía desde mis caderas en una sola capa recta y una cola salía por la parte de atrás desde mi cintura. La parte de arriba tenía el escote en forma de corazón y mangas finas de hombro caído.

Lo que llamaría la atención era el collar que llevaba al cuello. Formado por decenas de diamantes engarzados en plata del tamaño de monedas, hacía que el color gris perla del vestido resaltase. Me coloqué los pendientes a juego y por último, la corona. Era del mismo estilo que el collar y mucho más grande que cualquier otra que yo poseyera. Había sido la corona de mi abuela.

Cuando me miré en el espejo, con la mitad del pelo recogida y el resto cayendo recto por mi espalda, los hombros rectos y la mirada segura, me

sentí, por primera vez, como yo misma mientras vestía como una dama.

-Vestida para impresionar.

Los ojos de Nicoi estaban húmedos cuando se giró para ver a Myahl en la puerta. Él vestía tan elegante como yo, con un traje azul oscuro con bordados de plata.

-Pareces una reina- el también llevaba una corona en la cabeza, mucho más sencilla que la mía, la cual solo servía para reconocer su título. La mía para hacer una declaración- Creo que madre se tiraría de los pelo si viera lo hermosa que estás hoy.

-Nunca pensé que sería víctima de tus halagos- caminé hacia él y entrelacé mi brazo con el suyo- ¿Listo para lamer un par de culos?

El palacio estaba decorado de forma gloriosa. Las banderas grises de la casa Sartorius decoraban cada espacio libre de la pared y el ciervo blanco brillaba en su centro.

Había elegido mi vestido cuidadosamente para que combinara con el estandarte de la familia de mi prima. No sabía cómo me ayudaría eso conquistar al rey, pero era una necesidad que había sentido.

Encontré a Alierta en la puerta del palacio, moviéndose de un lado a otro impaciente. Llevaba un vestido oscuro que se deslizaba por el suelo tras ella y remarcaba su cabello castaño en el cual una sencilla pero brillante corona de plata brillaba. Cuando me vio llegar se lanzó a mis brazos, estaba temblando.

-Mi querida prima- en cuanto me soltó volvió a moverse- La carta decía que llegarían poco después de comer pero aún no hay rastro de ellos.

-No debéis preocuparos- tomé su mano para intentar que se calmase- ¿Por qué no vamos a la fiesta? Os distraeréis.

-No sé si podría. Viajan con mis hermanas, si les ha pasado algo…

Esa vez, cuando la tomé del brazo la guie hacia el salón y no le di opción de soltarse. Se quejó en un par de ocasiones sobre el daño que le hacía en el brazo pero no le hice ningún caso.

Al entrar en el salón del trono, ella casi gritaba y yo caminaba apresurada, causando que todos los que estaban ya presentes se giraran en nuestra dirección. Pude ver como el rey nos miraba con una ceja levantada desde

el fondo de la sala y a su madre tras él, mirándonos con una leve sonrisa.

-Suéltame- dijo Ali cuando el rey comenzó a acercarse a nosotras. Ambas hicimos una reverencia cuando estuvo ante nosotras- Majestad.

-Es un placer verlas actuar como auténticas primas. Ali, me han informado de que la comitiva ya ha cruzado el bosque, estarán aquí en una hora.

La sonrisa en el rostro de mi prima era tan sincera como la que apareció en el mío. Ella volvió a abrazarme y yo me dejé, consciente de la atenta mirada del monarca.

-Lady Dion- me dijo él una vez Alierta nos dejó a solas- Sería un honor para mí que me acompañarais hoy.

-¿A dónde?

Él se rio haciendo que unos hoyuelos se formaran en sus mejillas.

-Me refiero a la fiesta. Me gustaría que me acompañarais hoy en la fiesta.

-¿Queréis que pase la noche con vos?- conseguí convencer al color para que tiñera mis mejillas y fingí estar realmente avergonzada- Quiero decir, la noche de la fiesta… la fiesta que es de noche… porque la fiesta… la fiesta es ahora… ahora es de noche.

-Entiendo- sus brillantes ojos verdes miraban directamente a los míos- No debéis preocuparos, jamás pensaría que una dama como vos está invitándome a su cama. Me refería a la velada. Me gustaría presentaros a algunas personas.

Y así lo hizo. Pasé toda una hora saludando a gente que no había visto antes y escuchando como me alababan. Había ido dispuesta a hacer todo lo posible para contentar al rey y eso parecía conseguirse dejando que todo el mundo me lamiera a mí el culo.

Conocí a más duques y duquesas, condes y condesas e incluso a príncipes de los pequeños reinos del sur. Todos ellos manifestaban la alegría de tenerme allí y de lo contento que mi padre debía estar de que por fin hubiera ido a Nomdedeu.

Yo me limité a sonreír y a asentir, a hacer reverencias y a estrechar manos. Dije muy pocas palabras mientras escuchaba atentamente todo lo que la gente tenía que decirme.

Cuando pensaba que mis pies iban a estallar de andar de un lado a otro, un hombre se acercó al rey y él sonrió y, después de disculparse conmigo,

se dirigió al pasillo principal que la gente solía dejar desocupado.

Las puertas se abrieron y una muy sonriente Alierta apareció, seguida de un pequeño grupo de personas, y se dirigió al monarca. Ella se paró a su lado y juntos hicieron una reverencia hacia el hombre que dirigía la marcha.

Quien considerara a mi prima la mujer más hermosa que había visto era porque nunca había posado sus ojos en la reina de Sarto. Vestía ropajes gloriosos de color gris oscuro y una sencilla pero grande corona brillaba en lo alto de su melena castaña. Sus rasgos eran elegantes, con los pómulos marcados y una delgada nariz.

Ella se inclinó cuando llegó frente a su sobrina y los que lo seguían lo imitaron.

Pude distinguir a mi tía entre ellos. Muy parecida a mi madre pero ligeramente menos hermosa. Su esposo, un hombre tan atractivo como su hermana, estaba a su lado tomándola de la mano.

Los dos reyes se levantaron a la vez y se fundieron en un cálido abrazo. Yo no podía apartar los ojos de la reina recién llegada, de su piel ligeramente bronceada y de sus ojos claros. Resultaba increíblemente extraño que no hubiera un rey consorte a su lado.

-Demos todos la bienvenida- gritó el rey Lyam hacía la multitud- a Ougan Sartorius, por la gloria de los dioses, reina de Sarto, archiduquesa de Suro, señora de Deno, Gran Maestre de la Orden de los Tres Nobles y Grande de Nomde.

La gente estalló en aplausos cuando la reina se giró hacía ellos saludando con la mano derecha. Después Lyam se dirigió hacia la familia del otro monarca y les saludó como si fuera la suya propia.

-No me la imaginé así- la voz de Myahl sonó, como hacía siempre, detrás de mí- Había escuchado mucho hablar de ella, pero nunca mencionaron que fuera tan alta.

La reina era unos pocos centímetros más baja que el rey Lyam, quien me sacaba a mí casi una cabeza.

-Parece triste- comenté. Los ojos de la reina no tenían brillo alguno y en su rostro no había sonrisa.

-Tú mejor que nadie sabes que no debemos juzgar a la gente por las apariencias.

Y tras decir eso, se abrió paso entre la gente para presentarse. Yo le seguí de cerca y esperamos pacientemente a que todos los que habían llegado antes de nosotros se presentaran.

Estudiando a la mujer desde fuera, me di cuenta de que era cortes y educada, cualidades de las cuales muchos nobles de Bonach no podían presumir. Trataba a todos los que se le acercaban, ya fueran de la realeza o gente de a pie, por igual, sin hacer distinciones a su clase social.

En el momento en el que mi hermano comenzó las presentaciones, sentí las ganas de darme la vuelta y buscar una copa de vino, pero no tuve tiempo.

-Reina Ougan, Majestad, soy Myahl Bonachera, Infante de Bonach- la reina le miró a los ojos mientras inclinaba la cabeza y después sus ojos se centraron en mí- Esta es mi hermana, la princesa Dion Bonachera, infanta de Bonach, duquesa de Are y Joya de Bonach.

Por un momento solo nos observamos. Sus ojos, grises como un cielo tormentoso, tenían un brillo ligero.

-Es un placer conoceros- una pequeña sonrisa apareció en su rostro mientras seguía mirándome- He esperado este momento mucho tiempo.

-¿Que…?

-Duquesa de Are- mi tía apareció junto a su cuñada e hizo una reverencia hacia mí- Se habló mucho de vos en la corte de Sarto cuando mis padres te otorgaron el título. A eso se refiere Ougan, ¿verdad querida?

Ella asintió mientras me dejaba abrazar por la hermana de mi madre, algo que me resultó increíblemente incómodo. Supuse que era por el parecido que compartía con mi madre.

-Ali lleva desde que llegamos hablando de vosotros. ¿Por qué no os unís a nosotros para comer mañana?

Mi hermano y yo sonreímos y nos disculpamos para continuar con la celebración.

Bebí, comí y baile con varios jóvenes de la corte. La fiesta era mucho más animada que las fiestas a las que había acudido con anterioridad y estaba pasándomelo sinceramente bien.

Cuando tuve la intención de retirarme, mi prima me interceptó y me invitó a caminar con ella, de nuevo, por los jardines. La noche estaba bien entrada y la luna brillaba en lo alto del cielo rodeada por sus eternas

compañeras, las estrellas.

Ella habló la primera media hora mientras yo asentía de vez en cuando. Su madre le había comentado lo feliz que estaba de haberme conocido y cada vez que se habían encontrado durante la fiesta esta había aclamado mi belleza.

En el momento en el que pensé que había terminado de hablar y que por fin nos marcharíamos a nuestras habitaciones, ella comenzó una conversación nueva.

-Mi tía es una mujer maravillosa, ¿no crees?- comentó mientras subíamos unas escaleras- No conozco a nadie que no le aprecie.

No me atreví a decirle lo que mi padre me había dicho sobre el monarca. Solo palabras amargas y duras contra su persona.

-Parece triste.

Repetí, tal y como le había dicho a mi hermano antes. Ella se paró en seco, con una sonrisa melancólica en el rostro.

-Mi padre dice que antes era una mujer diferente, más feliz.

-¿Antes de que?

-De ser reina. Entonces llegaron las responsabilidades y la guerra. Perdió al hombre al que amaba y con él todo lo que alguna vez había soñado. Al igual que la luna, ella tiene un lado que nadie ve. Un lado más oscuro. Tan oscuro que ni las estrellas lo iluminan. Tan frio que ni el sol podría calentarlo.

Capítulo 6

CAPÍTULO 6

CON EL CORAZON ABIERTO

Me costó mucho levantarme a la mañana siguiente. En solo un par de días el sol había dejado de molestarme y había conseguido dormir hasta pasado el mediodía. Pero cuando Zumo entró en mi cuarto me negué en rotundo a levantarme y dejé que recogiera mis aposentos mientras yo seguía durmiendo.

Solo al entrar Nicoi, casi una hora después que su compañera, y tras decirme que mi familia me esperaba para comer, me puse en pie y dejé que me vistieran con un conjunto parecido al que el rey me había regalado. Habían ido a comprarlo cuando comprobé lo cómodo que era el otro y habían vuelto con tres parecidos en diferentes colores.

Para la comida elegí ponerme uno rojizo, realzando el tono bronceado que mi piel estaba cogiendo y a la vez representando a mi familia.

Cuando salí de mi habitación, vestida y peinada, me sentí más como yo misma de lo que me había sentido en la última semana. Quizás era por las sencillas sandalias planas en mis pies o la ausencia de joyas en mis orejas y cuello. No estaba muy segura, pero sí muy cómoda.

Los pasillos tenían un nuevo color para mí mientras caminaba por ellos. Escuchaba a los niños gritar en el patio y en los jardines, a los pájaros cantar desde el cielo, a la gente charlar en los salones. Era como si estuviera descubriendo por primera vez este extraño mundo, tan diferente al mío y apreciando por primera vez sus matices.

Encontré a mis tíos en uno de los jardines, sentados bajo un hermoso sauce mientras unos sirvientes les servían algo de beber. La reina Ougan les acompañaba.

Caminé con mi mejor sonrisa en mi rostro y me senté en la única silla vacía que había, al lado de mi prima y en frente de mi hermano.

-Buenos días, Dion- mi tía me sonrió cariñosa- ¿Se te han pegado las

sábanas?

-Me temo que sí- dije devolviéndole la sonrisa. Empezaron a traer la comida justo cuando me senté- Anoche me fui a la cama más tarde de lo que esperaba y todo por culpa de Ali.

El rostro de mi prima se iluminó cuando escuchó el mote que use. Su padre también me sonrió, pero su tía se limitó a mirar las bandejas de comida que los sirvientes habían dejado. Luego extendió su mano hacía mí, que estaba a su derecha e hizo lo mismo hacía mi hermano, que se encontraba a su izquierda. Mi prima hizo lo mismo desde mi otro lado así que les tomé las manos a ambos mientras mi hermano se reía de mi incredulidad.

-Gracias a los dioses por estos alimentos con los que nos han bendecido y que los reyes de la gloria nos preparen un banquete junto a ellos en la mesa celestial.

-Así sea.

Todos lo repitieron un luego comenzaron a llenas sus platos de los deliciosos manjares que nos habían preparado. Descubrí en ese momento que los peces del Mar del Este eran mucho más sabrosos que los del Mar del Norte y que en el mar que bañaba las costas de Nomde había muchas más especies. También las verduras sabían mucho mejor cuando habían sido cultivadas bajo el eterno sol de ese reino.

-Jamás te acostumbrarás- el hermano de la reina y esposo de mi tía me miraba con una sonrisa- Nunca he probado, en ninguno de los reinos que he estado, una comida igual a la de Nomdedeu.

-¿Habéis viajado mucho?

-Por todo el continente conocido. Soy embajador de rey. Viajo por todos los reinos de este mundo solidificando nuestros lazos.

-No recuerdo haberos visto nunca en Bonach.

Y ahí estaba. Esa parte de mí, la sincera, saliendo a la superficie. Me di un puñetazo mental y esperé a que no se lo tomara a mal. Para mi sorpresa, fue su hermana quien respondió.

-Si lo recordaras tendríais una memoria prodigiosa. La última vez que mi familia estuvo en Nomde vos no erais más que un bebé.

-Tenía dos años, para ser más precisos- mi tía apoyó los codos en la mesa inclinándose para que todos la escucháramos- Yo todavía vivía en el hogar de mis padres. De hecho, la visita fue para comprometernos a One

y a mí.

-No erais más que un par de chiquillos asustados- una pequeña sonrisa apareció en el rostro de la reina- recuerdo que cuando llegamos ella y su hermana estaban allí paradas y tú me dijiste: por favor, que no sea la de cara de cuerno.

Todos rieron, yo incluida, pero el rostro de mi hermano se ensombreció ligeramente, algo de lo que todos se percataron.

-Disculpadme, príncipe, no pretendía ofenderos.

-No lo habéis hecho. Nadie conoce mejor a mi madre que sus hijos- jugueteó con la comida en su plato- Pero os pediré que no habléis así de ella en mi presencia, pues sigue siendo mi madre.

-No ha dicho ninguna mentira- le recriminé yo a Myahl. Que se sintiera tan mal por ella era algo que me repateaba- No es ninguna secreto que nuestra reina tiene el corazón más oscuro del continente. Y el peor humor.

-Sigue siendo mi madre. Tu madre. Y es nuestro deber como sus hijos defender su honor.

-Yo no le debo nada.

-Quizás sería mejor que dejaran esta conversación para otro momento- intervino tía Lida de forma pacifista- Ambos tenéis razón, hasta cierto punto.

No dije una sola palabra en lo que duro la comida. No solo había vuelto a dejar salir la peor parte de mí sino que además había roto el frente unido que representábamos mi hermano y yo en un millón de pedazos.

Yo siempre supe que mi madre era lo único que podía interponerse en una relación entre mi hermano menor y yo.

Sin celebraciones ni actos a los que acudir, pasé el resto de mi primera semana en Luz leyendo bajo el sol en un banco en el rincón más escondido de los jardines. A veces Nicoi me acompañaba con su costura, pero la mayor parte del tiempo lo pasaba sola.

Mi piel estaba ya casi tan bronceada como la de los nativos. En los ratos en los que hacía demasiado calor para estar parada en el exterior, me tumbaba desnuda en mi balcón y dejaba que mi piel absorbiese los rayos del sol. Era como si hubiera sido creada para estar bajo el astro, como si

todos los años que pase con nubes sobre mi cabeza hubieran sido un terrible error.

El rey no volvió a reclamar mi compañía en los tres días que pasé en casi absoluta soledad. Le había visto por los pasillos y los jardines, pero cuando intentaba acercarme a él, se marchaba apresurado. En más de una ocasión le descubrí paseando con una doncella, siempre la misma. Su cabello era de un rubio muy pálido y su piel de porcelana tan blanca como la nieve. A solo una semana de que anunciara a su futura esposa, debía de estar estudiándola a ella como una posibilidad.

Mi prima vino a verme a mis aposentos el cuarto día y me trajo la compañía de su madre. Escuché muy atentamente mientras me hablaban de su hogar, de cómo el clima variaba de un frio asolador en invierno a un calor agradable en verano. Me contaron sobre la capital, Labor, donde todo estaba hecho de mármol blanco, de los muchos ríos que atravesaban el montañoso reino y de las magnificadas cascadas que los ciudadanos disfrutaban.

Para cuando se fueron, después de horas de charla, yo me sentía con ganas de conocer el último de los tres grandes reinos. Antes de partir para Nomde, nunca había abandonado mi hogar, pero desde que llegué a ese reino había descubierto una parte de mí que amaba el viaje, la carretera y descubrir nuevos parajes.

Después de la visita de mi familia, sentí muchas ganas de interactuar con ellas, pero tuve que retrasarlo unas horas pues a primera hora de la mañana, Nicoi entró en mi habitación con una carta de mi padre que había llegado esa misma mañana. Me senté en uno de los sillones, hice un gesto a mi doncella para que abandonara la habitación y abrí la carta con tanta prisa como pude.

Dion,

La noticia de que tu tía visita la capital me ha pillado por sorpresa. Espero que no seas tan tonta como para confiar en las estupideces que ella pueda decirte. Recuerda siempre tu lugar en el mundo y la gente que te trajo a él.

No debes hacer nada contra ella, pues tiene el favor de su cuñada y no deseo comenzar la guerra con Sarto hasta que tú estés en el trono de Nomde. Después, cuando tu reino y el mío acaben con el reino vecino, tú deberás acabar con la vida de tu esposo y abdicar en mi nombre.

Entonces habrás entregado a tu familia, no solo honor y la gloria eterna,

sino también eso que llevamos tanto tiempo ansiando.

Espero que la próxima carta que reciba con tu nombre sea una invitación a tu inminente boda.

Pottre.

Si dijera que las ordenes de mi padre me hacían sentir más segura con mi misión mentiría. Había viajado hasta allí para acabar con una vida pero lo que mi padre me pedía ahora era que, en cierto modo, acabara con la mía propia.

Había sido criada con un único propósito, servir a quien quiera que estuviera en el trono de Bonach. Habría hecho cualquier cosa por mi padre, matado al rey de Nomde e incluso dado mi vida por él. Pero lo que ahora se me pedía era que rompiera la promesa más sagrada que nadie podía hacer. El matrimonio. Si Lyam Nomdedeu me tomaba por esposa sería la condena de su reino de luz y del reino que era hogar de una parte de mi familia a la que en dos días había comenzado a apreciar.

No abandoné mi cuarto, al contrario de lo que había planeado para ese día. Me eché en la cama y no me moví ni para comer. Tenía mucho en lo que pensar y no deseaba distraerme con mundanidades.

Los sonidos que llegaban a mi habitación no eran para nada como los que había escuchado en el palacio desde mi llegada. Acostumbrada a las risas y a la música, el sonido de metal contra metal parecía fuera de lugar allí.

Seguí el ruido, acompañada de Zumo, hasta un patio trasero donde dos figuras luchaban como si bailaran. Sus pies se movían de forma rápida y precisa mientras buscaban la manera de terminar con el otro.

No me sorprendió encontrar al arrogante príncipe Fliok defendiendo todos los golpes que le lanzaban, pero sí descubrir que era su hermano quien atacaba sin compasión. Me acerqué a un pequeño banco pegado a una de las paredes y observe como los dos seguían con su danza hasta que el mayor de ellos consiguió desarmar al otro y ganó.

El rey se giró hacia mí con el rostro sudado y la corta melena recogida en un pequeño moño en lo alto de su cabeza. Yo le dediqué una sonrisa y aplaudí un par de veces mientras me levantaba para acercarme a él.

-Impresionante- le dije mientras él me devolvía la sonrisa- Aunque me cueste, admitiré que la forma en la que lucháis es realmente admirable,

parece que bailáis con vuestro contrincante.

-No gané el título de Capitán General por mi cara bonita- mi vista cambió de sus ojos a su espada. Grande y larga, con una joya azul engarzada en el mango- Es Sunna, La Que Porta la Justicia, la mejor espada de todo el continente y el mundo conocido.

-Eso lo decís vos.

-¿Queréis comprobarlo?- estudió mi conjunto de blusa y pantalón- Esperaré a que os cambies.

-No necesitó cambiarme. Zumo, mi espada.

Diez minutos después, yo blandía a Gorgo con mi mano izquierda mientras el monarca me estudiaba con una ceja levantada.

-Esta es Gorgo, también conocida como Sangre de mi Sangre.

-Curioso nombre.

-Se lo dio mi antepasado, el primero conocido- el baile ya había comenzado entre nosotros mientras yo hablaba- Se dice que cuando se forjo, el abuelo del abuelo del abuelo de mi madre le pidió al herrero que la forjara con fuego y con su propia sangre, convirtiéndola así en su primer hijo.

-Buena historia.

-No tango como la de vuestra espada- seguíamos caminando en círculos, tentándonos el uno al otro con solo el sonido de nuestras voces y el de mi falda al moverse interrumpiendo el silencio- La que Porta la Justicia, la espada con la que Ier Nomdedeu acabo con la vida de Hernas Bonachera.

Su ceño se frunció mientras seguía con la espada alzada.

-La historia de nuestra familia es complicada. No importa de boca de que bando la escuches, siempre sonará como que el otro estaba equivocado.

Me lancé hacía el esperando que hubiera bajado ligeramente su guardia. Mi espada voló por encima de mi cabeza para encontrarse con la suya que rápidamente devolvió el golpe.

-No podéis pensar eso realmente.

Esta vez fue el quien se lanzó, pero yo estaba preparada. Haciendo una finta, esquivé su arma y después ataqué su flanco derecho, mas él lo esquivó agachándose y rodo hacía un lado para volver a encontrarse

frente a mí.

-Vuestro bisabuelo fue asesinado, entendería si odiarais a quien lo hizo.

Por algún motivo la rabia se apoderó de mí. Ataqué sin pensarlo demasiado y de un golpe en mi mano el rey consiguió que mi espada volara hacia el suelo. Puede que pensara que eso lo convertía en ganador, pero yo golpeé su rostro con los puños y luego a las costillas, haciendo que él se desequilibrara y facilitando que golpeara su brazo para deshacerme de su propia arma.

No tardo en atacar y pronto nos vimos envueltos en un par de puños y piernas, atacando y defendiendo como si nos valiera la vida en ello. Era un buen guerrero, mucho mejor que yo, pero yo era más baja y delgada por lo que me movía con más agilidad y velocidad.

No podría decir cuánto tiempo estuvimos peleando, pero llegó un punto en que nos separamos y ambos nos quedamos quietos mientras recuperábamos el aliento que tanto nos faltaba. Él tenía un pequeño corte en el pómulo derecho y yo estaba segura de que me había partido al menos una costilla.

-Mi bisabuelo era un monstruo- nunca había podido confesar eso en voz alta y sentí como las lágrimas llenaban mis ojos- Mató a su propio hermano por avaricia y estuvo a punto de hacer lo mismo con su sobrino, que no era más que un niño. Tiranizo a tu gente, convirtió este hermoso reino en la sombra de lo que un día fue.

"No siento odio hacia vos ni hacia vuestro padre. Ese sentimiento lo tengo reservado para el mismísimo Hernas"

Se quedó en silencio mientras me miraba, a las lágrimas que ahora corrían ya libres por mis mejillas. A mis ojos sinceros que mostraban, al igual que habían hecho últimamente, una absoluta y certera verdad.

-Espero vivir- dijo acercándose a mí y tendiéndome la mano- Para ver a nuestros dos reinos en paz, olvidando cualquier clase de rencor que pueda todavía dormitar en ellos.

-Conocéis la manera- tomé su mano y la apreté con fuerza- Solo tenéis que elegirme en la celebración de dentro de cinco días y entonces la paz entre ambos reinos será eterna.

-Muchas cosas pueden pasar de aquí a la fiesta- su rostro se había ensombrecido ligeramente pero no soltaba mi mano. De hecho, pegó su cuerpo un poco más al mío, dejando menos de un metro de distancia entre nuestros rostros- Sabed, mi señora, que contrario a lo que mis asesores me dicen, confío plenamente en vos. Sé que entendéis de

justicia, que sabéis diferenciar su significado del de la venganza y que no dejareis que nada os aleje del camino del Dios Juco.

Me quedé sin palabras mientras lo observaba abandonar el patio, cojeando ligeramente de una pierna y sujetándose el brazo derecho por culpa del hombro dolorido que yo le había otorgado.

Mis rodillas tocaron el suelo. Las lágrimas empapando mi rostro. Mi seguridad en lo que siempre había creído desmoronándose.

Hernas Bonachera había sido un monstruo. Su hijo, Pottre Bonachera, de quien mi padre había heredado el nombre además del trono, no había sido mejor que él. Había buscado venganza por lo que le habían hecho a su padre y solo había encontrado su propia muerte. Y mi padre, Pottre Bonachera, heredero de la casa del engaño, la soberbia y la codicia, era un digno heredero de sus ancestros.

Subí mi mirada al cielo y recé a los dioses para que me dieran fuerzas, pues acaba de comprender que era con la vida de mi padre con la que algún día tendría que acabar.

Capítulo 7

CAPÍTULO 7

NADA MÁS QUE LA VERDAD

La sangre chorreaba por mis brazos mientras yo estudiaba mis manos, también teñidas de sangre. Solo podía escuchar el sonido de las espesas gotas cuando alcanzaban el suelo.

Las rodillas me ardían mientras las mantenía apoyadas en el suelo, con la piel en carne viva haciendo que mi propia sangre se uniera a la que me caía por los brazos.

Esa no era mi sangre.

Levanté la mirada de mis manos y vi fuego. Todo a mí alrededor estaba en llamas. Reconocía la habitación, era la sala en la que mi familia pasaba el tiempo en el palacio de Nomde. Pero mi familia no estaba allí, al menos que yo pudiera verla.

Me puse en pie y me giré alrededor, tapándome la boca con la manga para respirar más fácilmente. Entonces fue cuando los vi. Cadáveres. Tres de ellos. Me acerqué al que estaba más cerca, claramente femenino. Estaba de lado, con su espalda en mi dirección y no pude ver su rostro hasta que lo tuve a mis pies. Dox, la esposa de mi hermano. Y dentro de ella, en su cuerpo muerto, mi sobrino que jamás llegaría a nacer.

La zarandeé inútilmente y lloré sobre su cuerpo hasta que recordé que había dos cuerpos más. Reconocí la melena rubia de Neese sin tener que acercarme a él. Busqué su pulso, pero el corte en su cuello fue suficiente indicación de que estaba muerto.

Es tercer cadáver, ligeramente quemado por el fuego a su alrededor, era el de Myahl. Su hermoso rostro estaba cubierto de sangre, al igual que sus ropajes, pero sus ojos se habían mantenido abiertos. Una muestra de que había luchado hasta el final contra quien quiera que los hubiera matado.

Entonces escuché pasos a mi espalda y me di la vuelta para encontrarme con mi padre, en toda su gloria, como si el fuego no le afectara en

absoluto.

-¿Qué es lo que has hecho?- le grité mientras lloraba- ¿Cómo has podido hacer algo así?

-¿Yo?- la sonrisa en su rostro me hizo temblar. Señaló al suelo, a unos pies de mí y vi una espada ensangrentada. Gorgo.- No querida. Son tus manos las que están manchadas por su sangre. Tú los has matado, los condenaste al traicionarme. Sus muertes pesan sobre tu conciencia.

Me desperté sudorosa y dando un grito tan fuerte, que Nicoi, que dormitaba en el sillón preocupada por mi tras verme llorar la noche anterior, se despertó inmediatamente.

No podía parar de llorar ni de repetirme a mí misma que la culpa no era mía. Mi doncella no entendía nada de lo que pasaba. Se sentó conmigo en la cama y me acarició el pelo mientras me susurraba palabras de calma.

No pude dormir en lo que quedaba de noche, así que dejé que Nicoi me contara los mismos cuentos con los que había conseguido que me durmiera cuando era pequeña. Cuando el sol comenzó a salir, nos pusimos en pie y me preparó para un día que se avecinaba complicado.

No me puse vestido, ni los conjuntos habituales. Saqué mi camisa del fondo del baúl, mis pantalones y mis altas botas y me lo puse. La gente me miraba mientras caminaba con calma por los pasillos sin ganas de llegar a ningún lado. A pesar de lo permisivos que eran en ese reino con las mujeres, no había visto a ninguna llevar nada parecido a lo que vestía yo en ese momento.

Entré en la biblioteca real, donde nunca había entrado antes, sabiendo que Myahl estaría allí. Necesitaba verlo, asegurarme de que está bien y poder calmar mi alma atormentada.

En cuanto me vio llegar, cerró rápidamente el libro que estaba leyendo y se levantó.

-¿Dion? ¿Estas…?

No le di tiempo a terminar y me eché a sus brazos. Me recibió sin titubear y me abrazó durante unos minutos, entendiendo rápidamente que solo necesitaba eso.

-Me alegro de que vinieras conmigo- le dije al oído cuando me tranquilicé- Y de haberte conocido mejor. Siento todos estos años de falta de relación

y te prometo que siempre cuidaré de ti.

-¿Qué ha pasado?

-Te lo juro, Myahl. Mientras yo viva nadie te hará nunca daño.

Me apretó con más fuerza y nos quedamos abrazados durante un poco más, con su cabeza apoyada en el hueco de mi cuello y mis labios besando su coronilla.

Lo decía en serio. Cuidaría de él, de Neese y de mi sobrino nonato de cualquiera, incluido mi padre. La decisión estaba tomada. Elegía al mundo entero y a mí misma por encima del deber que creía tener hacía mi padre.

Me acompañó a los jardines, donde volvimos a encontrarnos con mi tía y mi prima pero esta vez sin la presencia de la reina Ougan. Según nos informaron, estaba indispuesta y necesitaba reposar. A pesar de su juventud, la reina tenía una salud inestable y a veces pasaba días en la cama sin poder moverse.

El día era el más caluroso que habíamos tenido desde nuestra llegada y Ali y yo nos tumbamos en el césped para poder disfrutarlo. La ropa que había elegido no era la más apropiada para el calor ni para la compañía de mi prima, que vestía elegante un conjunto verde.

-Es raro verte así vestida- comentó girándose para poder mirarme a la cara más fácilmente- pero la verdad es que te sienta mucho mejor que los vestidos. Creo que has nacido para llevar pantalones.

Le sonreí y comenzamos una conversación sobre los pros y los contras de verse bien. Hablamos de vestidos, zapatos, técnicas que las mujeres usaban en nuestros reinos para verse mejor, peinados… De alguna forma, terminamos hablando de los mejores libros que habíamos leído. Esa era otra de las muchas cosas que descubrí que teníamos en común, el amor por las historias. Ambas apreciábamos la capacidad de viajar sin moverse realmente del sitio, solamente abriendo las páginas.

A medida que avanzaba la tarde el calor del sol se hizo más intenso y nos desplazamos a la sombra de un árbol desde donde fuimos testigos de cómo Lyam paseaba, de nuevo, junto a la joven rubia.

-Lady Selene- me informó mi prima igual que Coro me había informado una vez sobre ella- Su padre es un miembro del consejo privado de Nomde.

-Le he visto con ella en más de una ocasión.

-Sí, es una de las candidatas- me dedicó una tierna sonrisa- Tú no deberías preocuparte, él jamás se casaría con alguien como ella. En cambio, tú eres diferente, independiente, fuerte… Cualidades que aprecia en una mujer.

Algo en su tono me sorprendió. El dolor que salió cuando dijo que no le gustaban las mujeres como Lady Selene. Las mujeres como ella.

-Lo amas.

-Desde que tengo memoria- su rostro se nublo, dejando paso a una arraigada tristeza- Pero, incluso si él me amara también, jamás se nos ocurriría casarnos. No solo por los once años de edad que nos separan.

-¿Por tu corona?- pregunté intrigada- ¿No podríais casaros y unificar vuestros reinos?

-Algún día, prima, entenderás por qué.- su tristeza se volvió en seguridad como si nunca hubiera estado allí- Los vientos soplan en sentidos opuestos, las profecías se cumplen y el mundo tal y como lo conocemos está a punto de cambiar.

-¿Qué quieres decir?- no entendía lo que acababa de soltar, pero por algún motivo me inquietaba- ¿Las cosas están a punto de cambiar? ¿Tienen tu tía y Lyam planes para atacar Bonach?

No me preocupaba mi padre, sino las gentes inocentes que habitaban en mi reino. Gentes como mi hermano y su esposa y el joven muchacho del que yo no había vuelto a saber pero estaba segura de que seguía allí. Si marchaban contra mi gente los primeros en morir serían los que no tenían ninguna culpa.

-Oh no, querida, no tiene nada que ver con la guerra- se puso en pie y me extendió la mano para ayudarme a subir- Pronto lo entenderás y verás que para que las cosas cambien… nadie tiene que morir.

Me quedé helada en el sitio. Casi podría jurar, por su tono, que conocía la razón de mi estancia en Nomde en primer lugar. Y si mi prima sabía que había tenido intención de matar al rey, era muy probable que él lo supiera también.

Decidí en ese momento, mientras mi prima se alejaba de mí camino al palacio, que no solo cortaría cualquier lazo con mi padre, sino que además hablaría con el rey sobre mi misión.

Era muy probable que eso arruinara cualquier posibilidad de conseguir casarme con él, pero era mejor opción que seguir bajo las órdenes de un lunático.

En cuanto perdí a mi prima de vista eché a correr hacía donde había visto al rey marcharse. El camino que había seguido llevaba a una puerta en la muralla que daba a la ciudad. Gracias a mis siempre leales y funcionales botas, avancé sin dificultad por las calles adoquinas mientras seguía la estela de curiosos que su majestad había dejado.

Tras un par de giros en las callejuelas, el rastro se perdió y tuve que usar mis mejores sentidos de cazadora, los cuales había usado en la caza del ganado junto a mi padre, para ponerme en la situación de mi presa y descubrir que camino habría seguido.

Caminé veinte minutos por las calles que consideraba correctas y me encontré, de pronto, frente a una taberna vieja y destartalada. Solo supe que se trataba de un bar por las letras negras pintadas sobre la puerta que rezaban Taberna los Tres Nobles. Me acerqué despacio, agudizando mi oído para que escuchara antes de que mis ojos pudieran ver por el hueco abierto de la puerta.

Había varias voces que procedían del interior, pero solo una de ellas podía reconocerla.

-No deberíamos haber tardado tanto, esto no está saliendo como planeamos.

Era la voz del rey Lyam, que sonaba alta y segura por encima de las otras voces. No me sorprendió escucharlo allí, pues era a él a quien seguía. Fue la voz que le respondió la que hizo que mi corazón se detuviera, la última voz que hubiera esperado escuchar en ese lugar. La voz de mi hermano.

-Tampoco podemos apresurar las cosas- a diferencia del rey, él hablaba bajo, haciendo que me fuera más difícil escucharle y obligándome a acercarme más a la puerta- Ya la has conocido, los cambios le cuestan.

-Esto no es un cambio, Myahl, es devolver las cosas a su sitio, deshacer los cambios que se hicieron- pude oír como el monarca apoyaba los codos en la mesa, supuse que se llevó las manos al rostro- Llevamos esperando esto diecinueve años. Ella lo ha esperado. Cuando te presentaste ante nosotros nos prometiste que nos ayudarías. No estás cumpliendo con tu palabra.

-Esta noche. Hoy le diré todo, solo... déjame que sea yo quien le cuente la verdad.

Un silencio profundo siguió a las palabras de mi hermano. Un silencio en el cual el rey debía de estar debatiéndose entre sus opciones. Un silencio en el cual mi respiración se volvió agitada, dándome cuenta de que había sido mentida por mi hermano al igual que él había sido mentido por mí.

Me pregunté cuál sería el motivo de esa mentira. ¿Lo habría hecho por protegerme, al igual que yo le había ocultado mi misión para protegerle? ¿Estaría el rey, al igual que mi hermano, en el bando de mi padre? ¿Sabría Myahl explicarme lo que mi prima había querido decir hoy?

Fue entonces cuando el rey volvió a hablar y dijo las palabras que hicieron que los últimos días de mi vida se sintieran como la mayor mentira dicha en los milenios de historia.

-Tienes mi permiso- una silla siento apartada resonó y yo comencé a alejarme- Pero si mañana ella no lo sabe, yo mismo le diré que su hermano lleva años sirviendo de espía en su propia corte.

Capítulo 8

CAPÍTULO 8

PROMESA DE SANGRE

Mis doncellas no parecieron sorprendidas cuando me vieron aparecer en mi habitación con el rostro sudado tras la carrera y el rostro pálido por la sorpresa.

Si se sobresaltaron cuando recogí uno de los jarrones que decoraban la mesa y lo tiré al suelo, rompiéndolo en mil pedazos. Volqué la mesa de café, tiré cada uno de los cojines e incluso uno de los sillones, que terminó en el balcón. Me lancé contra uno de los postes de la cama y partí la madera como si fuera cristal, utilizándola para romper el hermoso espejo.

Recogí a Gorgo y la utilicé para estropear cada uno de los muebles de madre de la habitación, incluyendo mi propio baúl a los pies de la cama.

Cuando terminé el suelo estaba lleno de plumas y de astillas, mis doncellas habían desaparecido y yo lloraba arrodillada en el centro de la habitación. Desde que había pisado ese dichoso reino había llorado más que en toda la vida que había pasado en el mío, donde me habían enseñado que llorar solo mostraba nuestras debilidades.

Las ideas se arremolinaban en mi cabeza, las teorías sobre lo que podía estar pasando y ninguna me gustaba. Todas ellas terminaban con mi cabeza rodando por el suelo de la sala del trono de Nomde.

Percibí pasos procedentes del pasillo y no necesité darme la vuelta para ver de quien se trataba, pues mi hermano soltó una fuerte respiración cuando descubrió el estado de mi habitación.

-Por los dioses, Dion.

-Supongo que ahora ya sé cómo ti hubieras sentido si te hubiera confesado la naturaleza de mi misión- el caminó hasta que pudo ver mi

colorado rostro, las lágrimas empapar mi blusa y mis ojos llenos de rencor- Pero siempre lo has sabido, sabías que yo no venía para convertirme en su esposa.

-Sí.

-Y sabías que padre quería que terminara con su vida- él asintió, haciendo que yo llorara con más fuerza- Y has estado informándole de todo lo que ocurría en la corte, a él, el hombre que nuestro padre más odia en este mundo.

-Tienes que escuch…

-¡Le has traicionado!- me levanté, haciendo lo mismo con el tono de mi voz- ¡Y traicionándolo a él has traicionado a todos! A madre, a Neese, a… a mí. Me has traicionado de una forma en la que jamás pensé que podrían traicionarme. Al menos no tú.

Parecía desolado, realmente dolido por las palabras que acababa de escuchar y por algún motivo eso hizo que me arrepintiera de haberlas dicho. Esa parte de mí, la bondadosa y empática que había visto la luz últimamente estaba ganando terreno.

-¿Él lo sabe?

Un asentimiento fue su única respuesta.

-¿Y Ali y la tía Lida?

Otro asentimiento.

-Dioses Benditos- volví a caer al suelo- Siempre supe que moriría por mi gente, pero nunca esperé que fuera de esta manera.

-Oh, no seas dramática- su rostro cambió mostrando ahora cierta diversión que logró que yo me irritara más- Nadie va a matarte, tonta. ¿Es que no lo entiendes? Ellos sabían de ti antes de que cruzaras la frontera. Déjame que te lo cuente.

Se sentó en lo que quedaba de mi baúl y me miró, sentada a sus pies mientras esperaba con paciencia a escuchar lo que tenía que decirme.

"Cuando cumplí los quince años, madre me dijo que podía pedir cualquier cosa por mi cumpleaños. Yo le pedí lo mismo que te pedí a ti hace poco, que me sacara de Bonach. Ella se negó, al principio, pero después de un tiempo me ofreció la posibilidad de pasar un mes entero en la casa de uno de sus familiares. Yo accedí emocionado, preguntándome que tendría que hacer madre para convencer a padre de que me dejara marchar. Pero ella

me ordenó no decírselo. Le dijo a su marido que me marchaba al templo de las montañas, que estaba pensando en unirme a los sacerdotes para servir a los dioses”

“Padre no opuso resistencia y en menos de una semana yo partía rumbo a lo desconocido con la sola compañía de uno de los guardias privados de madre. Imagínate mi sorpresa cuando cruzamos la cordillera y entramos dentro de las fronteras de Sarto, camino al palacio real, donde nuestra tía me esperaba después de que me madre le suplicara acogerme.”

“Los primeros días fueron los más incomodos que he pasado en mi vida. No solo porque nuestra prima era una auténtica pesadilla cuando tenía trece años, sino porque desayunaba todos los días en compañía de la reina Ougan, la mujer de la que tan mal nuestro padre hablaba siempre. Pero ella no era para nada como padre la describía. En el tiempo que pasé allí, me sorprendió su amabilidad y generosidad, las muchas muestras de cariño que me dedicaba a pesar de que no había relación alguna entre nosotros”

“Cuando estaba a punto de volver a casa, recibimos la visita en palacio de Ier Nomdedeu. Pensé que se trataba de una visita formal para mantener las alianzas, pero en cuanto le vi entrar, acompañado de su heredera y de Lyam, supe que no era para nada así. Se trataba de una visita familiar, como cuando los abuelos venían a palacio desde su casa en el campo”

“Entonces anunciaron que habría una reunión privada de lo que llamaron La Orden de los Tres Nobles y solicitaron mi presencia en ella. Entenderás mi reacción, con solo quince años, cuando me pidieron algo así. Las manos me sudaban y el corazón me latía a mil por hora. Pero en cuanto empezaron a hablar… no había manera alguna de que yo no me creyera lo que estaban diciendo. Me hablaron de la orden y de su desatendida misión de mantener la paz entre los grandes reinos del continente. Me contaron sus orígenes, como tres grandes familias habían creado la orden hacía tanto tiempo que los reinos ni siquiera estaban formados todavía. Como habían sido elegidas para gobernar por sus pueblos. Los Sartorius, los Nomdedeu y los Bonachera. Las tres familias que hoy ocupan los tronos”

-Te equivocas- interrumpí por primera vez- Nomde y Bonach fueron un solo reino hasta que el Dunom el Grande lo dividió para sus dos hijos.

-Eres tú la que se equivoca. Dunom el Grande no entregó Bonach a su hijo. Hernas se convirtió en rey tras desposarse con la princesa de Bonach, cuya sangre era pura, y luego se apropió de su apellido. Exigió el trono como única condición para desposarse con la princesa, que estaba muy mal considerada entre su gente, acusada de no querer casarse y con intenciones de gobernar soltera.

“Pero lo importante no es eso, lo importante es que esa princesa, Nodi Bonachera, tenía un hermano pequeño, un hermano que si no hubiera sido por Hernas, hubiera sido rey. Él desapareció cuando le quitaron el trono por miedo a lo que su nuevo cuñado pudiera hacerle y se refugió en Sarto, donde vivió gran parte de su vida hasta que volvió a Bonach como un simple campesino. Pronto ganó dinero con sus tierras y consiguió una esposa con la que tuvo una familia. Para cuando sus hijos crecieron, él ya había sido nombrado duque. Por supuesto, nadie sabía quién era realmente y sus hijos vivieron una vida relativamente normal lejos del palacio”

“Pero, aunque nadie lo supiera, él era el legítimo heredero al trono”

Sopesé la información y lo que eso podía significar. Sí una rama de la familia real de Bonach había sobrevivido, significaba que había alguien ahí fuera que podía discutirle a mi padre el derecho a reinar. Alguien cuya sangre era la misma sangre que había corrido por las venas de uno de los tres nobles.

-¿Intentas decirme… que la Orden de los Tres Nobles está buscando al verdadero heredero de los Bonachera?

-Eres mucho más lista de lo que pareces- él sonrió por primera vez desde que me encontró- Solo intentaba decirte que sabemos que padre no tiene ningún derecho sobre el trono, pero tú solita has podido descubrir el resto.

-No lo entiendo, Myahl. ¿Por qué tomarse tantas molestias en buscar a un heredero cuando, uniendo Sarto y Nomde, podrían deshacerse de Pottre y poner a quien ellos quisieran en el trono?- mi cabeza no paraba de hacer preguntas mientras repasaba lo que acababa de escuchar- ¿Por qué dejarte a ti participar en esa reunión? ¿Por qué traernos aquí seis años después?

-Nuestro padre es un usurpador. Al igual que lo fue su padre y el padre de su padre. Nuestro hermano, si llegara a reinar algún día, solo sería otro como ellos. Cegado por ese falso odio que padre le ha enseñado. Mostrándome a mí la verdad, han conseguido un poderoso aliado, un espía y una valiosísima ayuda a la hora de conseguir sus objetivos.

No dijimos nada durante unos minutos, los cuales yo aproveché para seguir pensando todo lo que me había dicho. Pero una sola cosa se había quedado en mi mente. La orden había estado buscando al heredero y era muy probable que lo hubieran encontrado.

-Sigo sin saber que pinto yo en todo esto.

-Eres su mejor arma- tras levantarse de donde se encontraba sentado, se sentó frente a mí y me tomó de las manos- Él piensa que consiguió hacer de ti una marioneta, que puede controlarte porque te moldeó con sus propias manos desde que eras muy pequeña. Te enseñó a luchar, a no sentir, a creer que todo lo que tenías en el mundo era tu familia. Pero no se puede cambiar la naturaleza de una persona y un corazón como el tuyo… por mucho que lo intentes siempre mantiene su forma.

"Eres valiente, dulce y generosa. Sientes el mundo a tu alrededor como nadie lo hace y te importan las vidas inocentes tanto como la tuya propia. Eres la hija de la luna. Puede que hayas nacido en ese reino de odio y rencor, pero tu gente son las estrellas"

Hablaba como un demente y estuve tentada a apartarme cuando se puso en pie e hincó la rodilla derecha en el suelo. Pero cuando sacó una daga de su bota, sí que hice un amago de apartarme.

Él mantuvo una de sus manos agarrada a la mía evitando que me escapara y cuando le miré a los ojos vi como su mirada intentaba calmarme. No iba a hacerme daño. Ni a intentarlo.

Cuando se aseguró de que yo no huiría me soltó la mano y dirigió la daga hacía ella. Hizo un pequeño corte en la superficie de su palma y luego tomó mi mano para hacer lo mismo en ella. A penas sentí cuando mi mano izquierda fue cortada pero la sangre no tardó en aparecer en ella. Esperó hasta que había bastante sangre en ambas manos izquierdas y las juntó, haciendo que nuestra sangre, la cual compartíamos, se uniera.

Comencé a temblar cuando entendí lo que estaba haciendo.

-Yo, Myahl Bonachera, Infante de Bonach, con la bendición de los dioses, les retiro mi fidelidad y obediencia para entregártelos a ti, Dion Bonachera, infanta de Bonach, duquesa de Are y Joya de Bonach- una lágrima se deslizó por mi empapada mejilla- Estaré ante ti para protegerte, a tu lado para respetarte y tras de ti para servirte. Desde ahora y hasta que la vida me sea arrebata.

Sabía que él esperaba que me quedara en silencio, lo cual significaría que había aceptado su juramento. Pero nunca me había gustado hacer lo que se esperaba de mí así que me levanté ligeramente para poner mi rodilla derecha en el suelo y puse mi mano derecha sobre la unión de nuestras manos izquierdas, apretando así ese nuevo vinculo.

- Yo, Dion Bonachera, infanta de Bonach, duquesa de Are y Joya de Bonach, con la bendición de los dioses, les retiro mi fidelidad y obediencia para entregártelos a ti- noté como su cuerpo empezaba a temblar y puse mi mano derecha en su cuello, obligándole a mirarme a los ojos- Myahl Bonachera, Infante de Bonach. Estarás a mi lado como un igual, tras de

mí para que pueda protegerte y ante mí para guiar mis pasos. Desde ahora y hasta que la vida me sea arrebatada.

Había sido testigo de muchos juramentos de sangre, pero nunca los había visto en ambos sentidos. Cuando mi hermano se lanzó a mis brazos supe que lo que acabábamos de hacer nunca nadie volvería a hacerlo, que era algo tan sagrado y extraño que seriamos los dos únicos tontos en atrevernos a llevarlo a cabo.

Mi padre me había pedido hacía tiempo que llevara a cabo el juramento con él y teníamos pensado hacerlo una vez la casamentera me hubiera elegido un marido para que mi lealtad siempre se mantuviera con mi progenitor.

Gracias a los dioses no lo había hecho, pues lo que esto implicaba iba en contra de todas las ideas asesinas que había estado teniendo en esos días.

-No puedo creer que acabes de hacer eso- Myahl hablaba muy bajo, susurrando, mientras mantenía sus brazos sobre mis hombros y su cabeza en mi cuello- No sabes lo que acabas de hacer, lo mucho que ha significado para mí.

-Basta- mis manos se movieron a su cabeza para acariciarle la melena rubia- Ya te lo dije, mientras yo viva, nadie te hará daño.

-¿A que vino eso, por cierto? Cuando entraste en la biblioteca parecía que habías visto un fantasma. Y hablando de bibliotecas… hay algo más que tengo que contarte.

-Déjalo para mañana, ya he tenido suficientes emociones por hoy y estoy muerta de hambre. ¿Has visto a Nicoi y Zumo?

-Fueron ellas las que me avisaron de dónde encontrarte y de lo que te estaba ocurriendo- se separó de mí manteniéndose cerca- Siento que te enteraras así, es por eso que quiero decirte ya lo demás. No vaya a ser que sigas al rey y le encuentres hablando con alguien de una misión para restaurar al auténtico heredero a un trono.

-Mañana, Myahl- dije mientras me levantaba y me dirigía a la puerta- Ahora tengo que conseguir que alguien arregle mi habitación sin hacer preguntas y me dé de comer antes de que decida morder a alguien.

-Y yo que pensé que habíamos conseguido acabar con la bestia.

- La bestia en mi está dormida, no muerta.

Se puso de pie mientras reía y caminamos cogidos de la mano hasta que encontramos a mis doncellas y nos ayudaron a recolocar mis cosas.

El palacio estaba oscuro mientras volvía a mi habitación después de una gran cena en uno de los salones privados que nos habían prestado a mi hermano y a mí.

La gente hacía tiempo que se había ido a la cama pero yo me había quedado en el salón leyendo uno de los miles de libros que decoraban las librerías. No se escuchaba en todo el palacio nada más que el sonido de mis botas contra el suelo.

Y un goteo.

No lo escuché hasta que llegué al pasillo donde se encontraba mi dormitorio y provenía del piso superior donde se encontraban las habitaciones de la familia real. A pesar de que mi sentido de supervivencia me gritaba que lo ignoraba y me marchara a dormir, subí las escaleras que llevaban a esa planta, despacio para no despertar a nadie.

El pasillo del piso de arriba era más ancho que el del piso inferior, con las puertas mucho más grandes y hermosas. Al igual que en la planta de abajo, las puertas estaban a un lado del pasillo y al otro había ventanas que daban a los jardines.

Fue entonces cuando lo vi. Colocado frente a una ventana, como si estuviera haciendo guardia, el cuerpo de un soldado en pie, con una pieza de metal atravesándole el pecho.

Me acerqué con cuidado para poder estudiar el cuerpo. Había ocurrido recientemente, pues la sangre todavía salía de la herida y habían utilizado uno de los aros de metal que se utilizaban en el palacio para sujetar las cortinas.

No parecía que el cadáver hubiera sido movido, pues el charco de sangre estaba a sus pies y no había ningún otro rastro. Lo que significaba que lo habían matado en ese mismo lugar.

Una sensación de pánico me atravesó cuando surgió en mí la idea de que quizás su asaltante se encontraba ahora en una de las habitaciones pero me asomé a una de las ventanas y no me sorprendió encontrar manchas de sangre en el alfeizar de la ventana y en las pocas piedras que sobresalían de la pared y facilitaban el descenso. Había huido.

Volví a centrar mi atención en el cadáver cuando no encontré a nadie ni en la pared ni en los jardines. Era un hombre relativamente joven, con el

cuerpo grande y ancho. Sin duda a quien lo matara no le hubiera sido tan fácil acabar con si vida si no le hubiera atacado por la espalda.

Cuando decidí dar parte de lo que había ocurrido a uno de los guardias que se encontraban en el piso de abajo, una puerta a mi espalda se abrió y me encontré cara a cara con Lyam. Primero me miró a mí y luego su atención se fue hacia el cuerpo del guardia. Su expresión se convirtiendo en un frio muro de piedra mientras contemplaba mis manos, limpias de sangre, como si hubiesen sido ellas las que hubieran terminado con la vida del joven guardia, que no hacía otra cosa que protegerle esa noche.

Entonces dijo las tres palabras que me condenarían.

-¿Qué has hecho?

Capítulo 9

CAPÍTULO 9

SOLO UNA VEZ

Sentada en mi dormitorio, con dos guardias custodiando mi puerta y mi hermano hablando tras ella me pregunté qué era lo que les había hecho a los dioses para que me castigaran de esa manera.

Mi intención había sido buena cuando había inspeccionado el cuerpo del guardia. Lo único que quería era estudiar su cuerpo y las pruebas a su alrededor para intentar descubrir algo más sobre su muerte. Por desgracia, entendía lo que Lyam había pensado cuando me había encontrado frente a su puerta, a altas horas de la madrugada y con un cadáver a pocos centímetros de mí.

Inmediatamente me había inmovilizado mientras gritaba a los guardias cercanos para que le ayudaran. Pero no los necesitó, yo no me resistí cuando colocó mis manos detrás de mi espalda ni cuando los primeros soldados en llegar colocaron unas cadenas sobre mis muñecas.

Seguían ahí mientras esperaba a que mi hermano convenciera al monarca de mi inocencia, pero él no debía estar por la labor de creerle ya que la única palabra que escuchaba salir de su boca era asesina.

Sí, pensé para mí, me convertí en asesina el día que maté a mi tutor. Pero eso no significaba que hubiera matado a ese soldado. Solo cargaba dos muertes en mi espalda, no me hubiera costado admitir si alguna se les había unido.

La puerta se abrió y apareció mi prima en su ropa de cama. Corrió hacía mí y me abrazó y yo se lo devolví como pude.

-¿Estás bien?- me preguntó mientras estudiaba mi cuerpo- No puedo creer que esto esté pasando.

Estudié su rostro con una expresión de asombro en el mío. No era posible, pero…

-¿Me crees?- la sorpresa apareció en su cara mientras me miraba

fijamente a los ojos- ¿Me crees de verdad?

-Por supuesto que te creo- ella se puso de pie y se giró hacia la puerta donde el rey y mi hermano estaban parados observándonos- Incluso te creería si ahora mismo negaras tus intenciones de acabar con su vida.

Un silencio incomodo llenó la habitación y todos evitaron el contacto visual.

-Supongo que ya no hay secretos- mi hermano contuvo una sonrisa mientras el rey me miraba serio- Por los dioses, Lyam, si quisiera matarte no hubiera esperado a la noche.

-Las asesinas extranjeras leales al enemigo me llaman Alteza- su tono hizo que me encogiera ligeramente- Has tenido cientos de ocasiones, cierto, pero todavía desconocías nuestro plan. Por no mencionar que te enteraste ayer mismo de que sabíamos cuál era tu misión.

-Dijisteis que confiabais en mí, Alteza- remarqué la última palabra- Y yo empezaba a confiar en vos. Dijisteis que sabíais que conocía el camino del Dios Juco pero parecéis muy empeñado en ignorarlo. Creedme si os digo que si yo hubiera acabado con la vida de ese soldado, primero, no hubiera estado allí parada mirando el cuerpo, y segundo, nunca os hubierais enterado.

Parecía que el rey tenía una lucha interna. Creerme o no creerme. Estaba segura de que mí defensa era firme y fiable y de que todos los presentes sabían que lo que había dicho era verdad. Pero la llegada del príncipe Fliok no hizo nada más que empeorar mi situación.

-Paparruchas- no sabía porque me odiaba pero estaba segura de que lo hacía- Era la única persona cerca, la única capaz de matar a alguien a sangre fría. Recuerda lo que le hizo a ese hombre.

-¿Qué hombre?- pregunté yo, temblando solo de pensar en mi profesor y de nuevo dejé que la rabia me dominara- ¿El hombre que me tocó el pecho cuando solo tenía nueve años? ¿El que siguió haciéndolo libremente cuando mi padre no me creyó? Trece veces. Trece veces me tocó. Y cuando vi en sus ojos que tenía intención de más, le apuñalé. Trece veces.

El dolor salía por mis labios en forma de palabras bajo la atenta mirada de las cuatro personas presentes. El rey se limitó a mirarme al igual que su hermano, mi prima se llevó las manos a la boca y Myahl giró la mirada evitando mis ojos.

-No me arrepiento de lo que hice, no con mi tutor.

-¿Qué clase de persona quita una vida y no siente ningún remordimiento?- el príncipe seguía atacando, buscando a su hermano motivos para colgarme.

-Una persona que entiende que la muerte no es una condena, sino un regalo- había hablado mi hermano posando por fin su mirada en la mía- La clase de persona que entiende que morir es una aventura y si lo haces por los tuyos, un honor.

-La que conoce la justicia- continuó mi prima con una gran sonrisa- Y que entiende que es un camino duro en el cual la lucha no es una opción sino un deber. Lyam, te lo ruego, hagas lo que hagas con ella no la lleves a juicio.

Se acercó a él y, tomando su mano, se echó a sus pies. Una princesa suplicando a un rey clemencia para una asesina. Un cuadro digno de ser pintado.

-No va a llevarla a juicio- la reina Ougan estaba en la puerta, tan gloriosa como siempre y con su hermano y su cuñado tras ella- Eso arruinaría todos nuestros planes y provocaría una guerra entre Sarto y Nomde. Sabes que lo haré, Lyam. Ahora, soltadla.

Los guardias del palacio le hicieron caso, como si hubiera sido su propio rey quien hubiera dado la orden. Ougan se acercó a donde yo me encontraba y tomó mis muñecas en sus manos estudiando las marcas que la cadena había dejado en ellas.

-Si ella es inocente- comenzó el Lyam- significa que alguien ha entrado en mi palacio y ha matado a uno de mis hombres. Podría seguir aquí. Los soldados buscaran en la ciudad, mi guardia personal en el palacio. Mientras tanto nadie entra ni sale.

Me ordenador permanecer en mi habitación mientras inspeccionaban cada lugar dentro del palacio. Se permitió que mi hermano me hiciera compañía y mi prima pidió unirse a nosotros. Jugamos a las cartas, leímos libros y nos tiramos de los pelos mientras esperábamos a que alguien nos informara de algo.

Para nuestra sorpresa, fue una de mis doncellas la primera persona en abrir la puerta que se mantuvo horas cerrada.

-Un ave ha traído otra carta desde Bonach.

Tomé el sobre de sus manos y estudié el sello con las iniciales de quien me la enviaba. Esperaba encontrar una P y una B, pero fueron las iniciales de mi madre las que mis dedos rozaron. Me senté rápidamente y abrí el mensaje.

Dion,

Sé que no tienes ningún motivo para creer nada de lo que yo pueda decirte o escribirte, pero necesito que esta carta la recibas con el corazón abierto y la mente despejada pues la seguridad de los reinos y la vida de tu familia podría depender de ello.

Pottre lo sabe. Sabe que hay un heredero legítimo y sabe también quién es. Me gustaría poder decirte su nombre, pero hice un juramento que no puedo ni quiero romper. Ha dado órdenes a sus gentes infiltradas en Nomde y Sarto para que vuelvan a casa y para que uno de ellos cometa un crimen del cual tú parecerás culpable.

A pesar de la odiosa manera en la que he tratado estos años, rezo a los dioses para que esta carta llegue a tiempo para convencer al joven rey de tu inocencia. Si no es así, quiero que sepas que haré todo lo que este en mi mano para que la gente no te recuerde como la asesina de Pottre sino como la mujer que sé que eres por dentro.

Debes comunicarle el contenido de esta carta a los reyes, ellos sabrán lo que hacer al respecto. Dile a Ougan y a mi hermana que siento no haber tenido tiempo para arreglar lo que hice, que siento no haber podido salvarlo. Ellas lo entenderán.

Atentamente.

Ezhra Bonachera.

Mi hermano recogió la carta cuando yo aparté la vista del papel y comenzó a leerla. Mi prima le imitó y una vez ambos terminaron ella cogió el papel y salió de la habitación.

Aproveché ese tiempo en el que mi hermano no habló para dedicarle un pensamiento a mi madre, quien acababa de manifestarme que había un motivo por el cual me había despreciado siempre y yo no sabía cuál era. Quizás ella no me odiara ni sintiera envidia hacia mí, al contrario de lo que yo siempre había pensado. Esta carta demostraba algo más, demostraba

que mi la reina comprendía la clase de hombre con la que se había casado, que comprendía sus planes y

El silencio reinó el tiempo que mi prima tardó en bajar al salón donde los reyes y algunos nobles discutían mi futuro, comunicarles el mensaje de la carta y subir de nuevo, esta vez acompañada del rey Lyam. Con un gesto, el monarca echó de la habitación a todo el mundo menos a mí.

-Que oportuno que esa carta de vuestra madre llegué la mañana después del asesinato- se sentó en el sillón frente a mí y continuó- No negareis que es sospechoso.

-La carta lleva el sello de mi madre.

-Una madre que, según vos me contasteis, jamás mostro ninguna clase de apreció hacia su hija.

-Habéis leído la carta- le recordé mientras intentaba mantener la calma- Ella misma reconoce esa mala relación.

El monarca apoyó el codo en el brazo del sillón y se llevó una mano al rostro. Parecía agotado, la clase de agotamiento que no se debe solo a la falta de sueño. Había envejecido casi diez años desde que le había visto el día anterior.

-Me atormentas, Dion- dijo después de un rato, volviendo a tutearme- Si hubiera sabido al enviar esa invitación que me provocarías tal dolor de cabeza, nunca la hubiera enviado.

-Ahora es cuando decís algo hermoso y romántico como que por mí vale la pena sufrir esos dolores.

Sonrió, quitándose la mano del rostro y centrándose completamente en mí. No me fijé hasta ese momento que seguía en su ropa de cama, con una hermosa bata granate y unos finísimos pantalones a juego.

-Eres la clase de mujer por la cual los hombres perdían la cabeza, sobre la que escribían libros y por las que se empezaron guerras.

-Eso suena a cumplido.

-No lo es, no exactamente- se levantó y camino hasta una de las ventanas, que permanecía abierta. El sol empezaba a salir por el horizonte, haciendo que el mar reluciese- No cuando el mundo en el que vivimos está siendo amenazado. Vas a tener muchas cosas en las que pensar, decisiones importantes que tomar y debes tener la cabeza

despejada para no equivocarte.

Me puse en pie y caminé hacia él. Me paré cuando estaba a escasos centímetros de él y tomé su mano. Sentí un ligero escozor en la herida que seguía teniendo allí, pero su sentir su tacto fue suficiente para que se me olvidara.

Nuestros ojos se encontraron como si nunca antes lo hubieran hecho, como si mostrásemos lo más profundo de nosotros mismos con esa mirada. Me hundí en los dos pozos verdes y descubrí su alma, pura y perfecta y me sorprendió descubrir que eran unas aguas en las que estaría más que feliz de ahogarme.

No sabía que era lo que él había visto en los míos, pero apretó con fuerza mi mano y dijo suavemente:

-Puede que en otra situación, amarte hubiera sido una buena opción.

Entonces sus labios rozaron ligeramente los míos, enviando por mi cuerpo un cosquilleo que se extendió hasta las puntas de los dedos de mis pies. Fue a penas un segundo pero, incluso después de dejarme sola, yo todavía podía sentir la suave presión que habían ejercido y el profundo dolor en el pecho que había sentido cuando lo hizo.

Capítulo 10

CAPÍTULO 10

OTRO TIPO DE DOLOR

Se me permitió salir de mi habitación en el momento en el que Lyam la abandonó. Había dado la orden a los soldados de la puerta de que abandonaran su puesto e informaran a todo el palacio de que yo no era ya una sospechosa. Pero yo no salí.

Aproveché el pequeño momento de calma en el palacio, después de que me confirmaran que no habían encontrado a nadie allí, ni tampoco en la ciudad, para echarme en mi cama y recuperar el sueño perdido durante la noche.

Por primera vez en años, antes de dormirme dije una oración a Sides para que me permitiera dormir tranquila y vaciara mi mente de cualquier pensamiento que pudiera mantenerme despierta.

Cinco horas más tarde salí de mi habitación como si nada hubiera ocurrido y hubiera pasado la noche entera descansando. Había una sonrisa en mi rostro cuando entré en el comedor real, donde algunas personas se sentaban a la mesa mientras esperaban a que se les sirviera. La reina Mara y dos de sus hijas estaban entre ellos y me hizo un gesto para que ocupara el lugar a su derecha, que había permanecido vacío.

Comí en silencio mientras escuchaba las conversaciones a mí alrededor, todas haciendo referencia al cadáver o a la situación de los tres reinos. En ocasiones captaba unos ojos posados en mí y levantaba la vista de mi plato para descubrir a alguien mirándome con el ceño fruncido. Yo enarcaba mi ceja en dirección a quien me mirara, sin parar de llevar la comida a mi boca y mantenía el contacto visual hasta que ellos apartaban la mirada. Tuve cinco guerras de miradas en el poco tiempo que estuve en esa mesa sentada y cuando me levanté muchas de las personas allí presentes soltaron un profundo suspiro.

Puede que yo no hubiera asesinado al soldado, pero la gente hacía bien en recordar que no había sido por falta de habilidad.

No sabía que era lo que se esperaba de mí cuando todos los secretos fueron desvelados y mi inocencia comunicada a la corte, así que decidí resguardarme en el que se había convertido en mi lugar favorito de la capital, los jardines.

A diferencia que en ocasiones anteriores, apenas había gente paseando y me sorprendió descubrir que el número de jóvenes en el palacio había disminuido a más de la mitad. De hecho, había visto menos de una decena desde que había abandonado mi dormitorio.

Me tumbé en el césped más cercano, dejando que el sol brillara sobre mí y que la suave brisa meciera mi cabello. Deseé no haber dormido antes para haber podido disfrutar de una siesta allí echada, pero hubiera sido imposible, pues mi calma habría sido interrumpida por una hermosa joven de cabello rubio.

-Lady Selene- dije mientras ella se acercaba y se sentaba a mi lado con mucha más gracia de la que yo había tenido- ¿Qué puedo hacer por vos?

Ella solo le sentó, ignorándome como si no hubiera hablado mientras mantenía la mirada fija en un punto del jardín. Intente seguirla para comprobar que miraba, pero decidí que solo se estaba haciendo la interesante.

Volví a recostarme y esperé pacientemente hasta que ella se decidió a hablar.

-He nacido en este palacio- su voz era incluso más dulce que su rostro- Y siempre he sabido que moriré aquí. Nomde es lo que más quiero en este mundo y comprenderéis, Lady Dion, que no puedo dejar que una perra extranjera derrumbe los muros de mi hogar.

La expresión viperina en su rostro ensombreció su belleza. Me tumbé sobre mis codos para que nuestros rostros quedaran a la misma altura.

-Llegáis a mi casa, mintiendo y engañando a todos, matáis a un hombre y aun así tenéis la desfachatez de pavonearos por aquí como si fuerais una pobre alma inocente.

-¿Puedo preguntaros que pensáis hacer al respecto?

-Dentro de tres días- dijo sonriendo con malicia- Cuando Lyam me escoja como su esposa, haré que os corten la cabeza bajo las acusaciones de traición e injurias contra la corona.

Una carcajada retumbó desde mi interior haciendo que ella se fuera pataleando como una niña pequeña, sin duda a quejarse al rey o a su padre de mi comportamiento. Pero como no me iba a reír. Se había

presentado frente a mí, me había insultado, había asumido que Lyam la escogería a ella y después había amenazado con matarme.

Un escalofrío me recorrió al pensar en el rey desposando a una mujer como ella, en la clase de reina que ella llegaría a ser. No la conocía, pero solo por lo que me había dicho sabía que el trono no era el lugar que ella debía ocupar.

No dejé que me afectaran sus palabras y seguí disfrutando del calor en mi rostro. Pasé la mayoría de la tarde allí tumbada dejando que los pensamientos negativos abandonaran mi mente. Al menos por el momento. Sabía que en alguna ocasión cercana tendría que asumir lo que estaba pasando y buscar, junto con los monarcas, la solución a los problemas que nos atormentaban.

Nadie me molestó mientras pensaba porque nadie sabía dónde estaba. Eso lo supe cuando mi hermano llegó corriendo desde el interior del palacio diciéndome que llevaba horas buscándome. Me informó de que se había organizado una reunión importante y que se exigía mi presencia en ella.

Seguí a Myahl y me quedé paralizada en la puerta del salón donde nos esperaban. Dentro había una mesa triangular con tres grandes asientos, dos de ellos ocupados por el rey Lyam y la reina Ougan y el tercero vacío. Detrás de los dos reyes algunas personas se paraban de pie.

-Bienvenida- me dijo el rey Lyam mientras se ponía en pie- A la Orden de los Tres Nobles.

Escuché de boca de los monarcas la historia que mi hermano ya me había contado. Como sus antepasados habían decidido subir al poder cuando su pueblo se lo suplicó y como habían intentado mantener el orden en los reinos.

No presté demasiada atención mientras escuchaba como hablaban del heredero perdido y de las consecuencias que tendríamos que pagar si mi padre conseguía acabar con su vida. Fue solo cuando mencionaron mi hogar que volví a prestar atención.

-Tendríamos que entrar en el palacio para poder matarlo y un grupo grande de personas llamaría demasiado la atención.

-No podemos simplemente matarlo, deberíamos darle la opción de ceder el trono.

-El nunca abdicaría, la muerte es el único medio para conseguir nuestros objetivos.

Discutían sobre cuál era la mejor manera para conseguir dejar el trono libre. Sin duda coincidía con Lyam, quien sugería que la vida de mi padre no tendría demasiado valor en el nuevo mundo que estábamos intentando forjar.

-Aunque coincidiéramos en matar a Pottre- intervino la reina Ougan una vez todos decidieron que esa era la mejor opción- No permitiré que se pierdas vidas inocentes mientras nuestros ejércitos avanzan hacía el castillo. La gente de Bonach es inocente y necesaria para que el reino siga adelante.

-Yo os meteré- añadí desde mi asiento- Todos conseguiremos infiltrarnos en mi corte si actuamos como si fuéramos en paz.

-¿Qué sugieres?

-Enviad una carta a mi padre. Una invitación de boda.

Los gritos empezaron en el momento en el que acabé la frase. La gente situada tras la reina Ougan hablaba con su monarca a voz en grito mientras ella les respondía calmadamente. Detrás de Lyam la gente parecía haberse vuelto loca, pero el rey me miraba a mí con el ceño fruncido.

-No es una mala idea.

-Mi señor- añadió un hombre- No podéis prometeros con esa mujer, aunque sea de mentira. Vuestro pueblo no lo aceptará.

-El pueblo deberá entender- añadió Ougan- que todo lo que el rey hace es por el bien de su gente.

-Pero…

-Basta, Peril, tu único inconveniente es que deseas que sea Selene quien se siente a mi lado- si era el padre de Lady Selene entendía porque le repugnaba tanto mi idea- Lady Dion ha ofrecido un plan y es uno bueno. Si de aquí a tres días no somos capaces de planear algo mejor, anunciaré nuestro compromiso.

La sala se quedó en silencio mientras todos asumían la decisión que dos de los grandes maestres de la orden acababan de tomar. Mi hermano, que estaba parado detrás de mí, puso una mano en mi hombro y se acercó a

mi lado, donde todos podían verle bien.

-Hay una cosa más que debemos discutir.

-Ya hemos hablado de esto, Myahl.

-Nuestra decisión fue tajante- el rostro de la reina se volvió serio mientras miraba a mi hermano- Te permitimos hacer lo que pediste, pero el resto tendrá que esperar.

-¡Pero no es justo!- el golpe que dio mi hermano sobre la mesa hizo que toda la habitación retumbara- Podríamos acabar con nuestros problemas si acabáramos con los secretos.

-Todavía no le has contado nada- el rey se puso en pie y caminó hacia mi hermano- Nos pediste tiempo para poder hacerlo tú mismo y se te ha acabado.

-¿De qué está hablando?- me giré hacia Myahl, que me miraba con el rostro llenó de dolor- ¿hermano?

Levantó la vista y no supe hasta que la bajo que lo había hecho para esconder el brillo que sus ojos habían adquirido. Cuando nuestras miradas se encontraron de nuevo las lágrimas comenzaron a correr por su cara.

-Yo no soy tu hermano.

Cinco palabras que hicieron que lo que latía en mi pecho gritaran, como si hubiera sido desgarrado con una daga. Pude notar como mi respiración se ralentizaba, como mi pecho paraba de subir y bajar y como mi boca se secaba.

-Te lo iba a contar el otro día, pero después de tu juramento de sangre yo…

-¡¿Permitiste que hiciera un juramento?!- la ira en el rostro de Ougan hizo que muchas de las personas a mi alrededor, yo incluida, se alejaran de ella tanto como podían-¿en qué demonios estabas pensando? ¡Chiquillo estúpido!

-Yo le juré obediencia, eso era lo único que buscaba, jurarle mi obediencia. Ella fue quien decidió que fuera reciproco.

Seguían hablando del tema del dichoso juramento y nadie se dignaba a explicarme porque demonios quien llevaba siendo mi hermano desde hacía veinte años ahora, de repente, ya no lo era.

El aire regresó a mis pulmones, mi corazón latió como el de un caballo y mi boca se llenó de terribles palabras que me moría por soltar, pero no permití que la rabia me poseyera y me puse de pie e hice un gesto con mi mano para que me cedieran la palabra.

-La lealtad y la obediencia- le expliqué a la reina para dejar ese tema por zanjado- no tienen valor alguno si no son sentimientos en ambos sentidos. Ahora, ¿quiere alguien explicarme porque coño no soy hermana del príncipe Myahl?

De nuevo, un profundo silencio nos poseyó mientras todos nos mirábamos los unos a los otros, esperando a ver quién era lo suficientemente valiente como para ser el primero en hablar. Para mi sorpresa, fue mi tía, Lida, quien levantó la voz para que todos la pudiéramos escuchar.

-Pottre y Ezhra se casaron muy jóvenes. Mi hermana no había alcanzo la mayoría de edad, pero mis padres deseaban que ella uniera su sangre con la de los usurpadores. Sí, mis padres conocían la historia, la verdadera historia, del trono de Bonach. Mi abuelo se la contó a mi padre cuando murió y le entregó el ducado. Él había trabajado duro para poder conseguir un título nobiliario y así acercarse más al hombre que le había quitado su trono. Cuando mi padre se enteró de que nuestra sangre era la sangre pura de la familia real de Bonachera decidió dedicar su vida a devolverle a nuestra familia lo que se nos había arrebatado.

"Ezhra no lo deseaba. Sabía lo que eso significaba, a lo que tenía que renunciar si se casaba con un hombre así. Pero Aren la convenció"

-¿Aren?

Pregunté, demasiada inmersa en su historia como para asimilar que acaba de descubrir que mi madre era la heredera legitima. La sonrisa en el rostro de mi tía no era solo triste, mostraba un sufrimiento inmensurable.

-Él era el mediano, el único hijo varón de los Duques de Are. Era todo lo que un caballero debía ser- continuó la reina Ougan por su cuñada- Honorable, leal, amable, cariñoso, divertido. Fue una desgracia para su familia cuando decidió dedicar su vida a servir a los dioses.

-Fue más desgracia para nosotros cuando renunció a sus votos. Cuando Neese tenía tres años, apareció de nuevo en el palacio con una mujer. Se habían enamorado y estaban dispuestos a pasar el resto de su vida juntos.

"Fue una locura, pero mis padres y Pottre acabaron aceptándolo y él se mudó a su… al hogar de su compañera. Pasaron un par de años en los que nos olvidamos de él y nos centramos en el pequeño Neese y en vigilar de cerca las investigaciones de tu padre. Pero la siguiente vez que nos vimos,

cuando ellos volvieron a palacio, lo hicieron para anunciar que esperaban su primer hijo. No nos importó que el niño naciera fuera del matrimonio, solo podíamos pensar en que Pottre había descubierto nuestro origen y temíamos que se sintiera amenazado por la sangre pura de ese bebe"

"Tu madre estaba también embarazada por aquel entonces así que decidieron quedarse y esperar a que los dos bebes nacieran ya que salían de cuentas con unos pocos días de diferencia"

Me giré hacia mi hermano y le miré con asombro.

-Eres hijo de Aren Bonachera. Eres el heredero al trono.

-El corazón de Pottre se llenó de odio al ver a Aren tan feliz, apunto de tener un heredero, otra amenaza para su reinado.- continuó mi tía y de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas- Faltaba poco para que llegaran los niños, pero decidió no esperar y mandó a uno de sus hombres a acabar con la vida de mi hermano.

Dile que siento no haber podido salvarlo, esas habían sido las palabras que mi madre había escrito a su hermana. Sentía no haber podido salvar a su hermano.

"Al escuchar la noticia de lo que hicieron ver como un trágico accidente, las dos mujeres se pudieron de parto. Un niño y una niña nacieron la noche de la muerte de mi hermano. Solo que el niño nació muerto. Y con el corazón en un puño, tras haber perdido al amor de su vida y sin poder a penas mirar a su hija, la viuda decidió que el lugar más seguro para ella era bajo el ala del único hombre que desearía verla muerta, quien la criaría pensando que era suya."

"Abandonamos el castillo a la mañana siguiente, los tres, y no volvimos nunca más"

Myahl no era el hijo de Aren. El niño, hijo de Pottre, había muerto, provocando un dolor en la madre que ni siquiera una hija había podido curar. La niña, hija de Aren, había vivido y sido abandonada por su madre para que su mayor enemigo la criara.

Yo. La legitima heredera al trono de Bonach.